

LA VUELTA DE LOS DÍAS

HORA CUMPLIDA

OCTAVIO PAZ

DESDE 1969, EN libros y artículos, muy especialmente a través de las páginas de *Vuelta* (antes en *Plural*), he sostenido que el sistema político mexicano, tal como fue concebido por Plutarco Elías Calles en 1929, y con los cambios, reformas y adaptaciones de sus sucesores, en particular Lázaro Cárdenas y Miguel Alemán, había cumplido su misión: evitar la doble dolencia endémica en la historia de México, el cesarismo de los caudillos y el desorden violento de las facciones. El proceso hacia la democracia ha sido lento, demasiado lento. He apuntado la razón de esta lentitud en mi ensayo: "Remache, Burocracia y Democracia en México" (*Vuelta* 127, junio de 1987, recogido en *El peregrino en su patria*). Sin embargo, las elecciones del 6 de julio han representado una ganancia considerable y que nadie debe desdenar o minimizar. Por primera vez en la historia moderna de México las corrientes de la oposición están ampliamente representadas en la Cámara de Diputados. A este primer logro deben seguir otros, entre ellos y ante todo los dos que un grupo de escritores ha señalado en el manifiesto *Ganar lo principal*. El primero: reformar el código electoral vigente de tal modo que asegure comicios intachables y más allá de toda sospecha. El segundo: las próximas elecciones para gobernador en los estados de Jalisco y Tabasco mostrarán si la voluntad de cambio, en el PRI y el gobierno, es más poderosa que las fuerzas del inmovilismo.

Reproduzco a continuación el texto de la declaración que hice el 11 de sep-

tiembre a un diario de la ciudad de México. Apenas si necesito subrayar que se trata de puntos de vista personales: por eso los firmo. *Vuelta* no tiene más política editorial que la de respetar la pluralidad de opiniones de sus colaboradores:

Estamos ante un país distinto. Los cambios que, ya hace 20 años, algunos previmos, se han realizado. Mejor dicho, se están realizando. Cambios no sin peligros ni asechanzas: el pluralismo no debe degenerar en divisiones y fragmentaciones. En estos días los mexicanos nos enfrentamos a una disyuntiva: o entre todos aseguramos el tránsito pacífico hacia la democracia o por el camino de manifestaciones y agitaciones más y más violentas, regresamos al desorden de épocas pasadas. Todos sabemos —o deberíamos saber— que el desorden fatalmente desemboca en la instauración de regímenes de fuerza. Los ciudadanos sin partido pero no sin opiniones políticas, que somos la mayoría de la nación, debemos exigir a los partidos que encuentren pronto no una imposible solución a sus diferencias sino un método para que esas querellas no pongan en peligro la paz y la estabilidad de México.

La responsabilidad es conjunta. El PRI debe asumir, en las palabras y en los hechos, una actitud de tolerancia hacia sus rivales. Ya lo han hecho algunos de sus dirigentes —uno de los primeros en manifestarlo ha sido Carlos Salinas de Gortari—, pero es indispensable que quede muy claro que, cualesquiera que hayan sido las violencias verbales de la oposición, el nuevo

gobierno está decidido a respetar la pluralidad de opiniones y la existencia de fuerzas políticas independientes.

El PRI debe aceptar que el país ha dejado de ser homogéneo políticamente hablando (nunca lo ha sido ni en lo social ni en lo cultural). Por su parte, los partidos de oposición deben decirnos si prefieren "ganar la calle" (para usar su lenguaje) y continuar una agitación que no sólo es nociva sino suicida, o si aceptan las responsabilidades y los privilegios de la oposición parlamentaria en todos los regímenes democráticos. Lo segundo será escoger el camino civilizado y cogobernar, no desde el poder sino desde la crítica del poder, no en el gabinete ministerial sino en la banca parlamentaria. Sobre esto hay que decir algo más: el acuerdo entre los dos grupos de la oposición es esporádico y circunstancial. Los puntos de vista del PAN y del frente cardenista sobre los temas fundamentales de la política nacional son diametralmente opuestos, irreconciliables. Esta es una de las incongruencias de la actual situación, en la que las pasiones han sido más fuertes de que las ideas.

En el futuro inmediato los partidos podrán demostrarnos si realmente desean servir a la democracia o a sus intereses políticos. El PRI deberá reformarse, dejar de ser un partido de Estado y transformarse en lo que podría y debería ser: un partido socialdemócrata de centro-izquierda.

El PAN ha logrado convertirse en un partido democrático. Ahora debería vivificar y renovar su respetable tradición conservadora, que es parte esen-

cial de nuestra historia. Debería mirar más hacia Lucas Alamán y menos hacia el Partido Republicano de Estados Unidos.

El frente cardenista, reunión heteroclita de grupos, ideologías, intereses, personas y despechos, tiene que encontrar (y pronto) un programa claro y una fisonomía. Los grupos que lo forman deben decirnos qué es lo que realmente quieren y cuáles son las ideas y proyectos que los unen. Hasta ahora han

recogido el descontento, con frecuencia legítimo, de muchos mexicanos; hoy tienen que dejar de ser una aglomeración y presentarse como un verdadero partido con ideas y un programa.

Muy pronto, en los días que vienen, podremos comprobar si los partidos quieren ayudar al nacimiento de un México nuevo o si, ciegame, se han lanzado hacia su destrucción. La oposición ha pedido la modificación de la ley electoral. En efecto, es de máxima

importancia tener un código electoral que cuente con la aprobación de la inmensa mayoría de los mexicanos, incluidos los partidos de la oposición. Esta podría ser la primera y gran prueba del México que amanece: si las Cámaras deciden que su tarea más urgente e importante es la elaboración de una nueva y más equitativa ley electoral se habrá dado un fundamento inmovible a nuestra joven democracia.

EL SUEÑO DEL NORTE

ENSAYO DE GEOGRAFÍA DEMOCRÁTICA

ENRIQUE KRAUZE

LA CIUDAD DE México ha ejercido su centralidad histórica sobre el país con una severidad similar a la de España con sus colonias. La palabra imperialismo puede utilizarse en sentido estricto para describir la asimetría de los vínculos económicos, sociales, políticos y culturales de la metrópoli con sus ciudades vasallas. Para colmo, como ha escrito Octavio Paz, en el caso del Distrito Federal el imperialismo ha tenido siempre, desde tiempos de los aztecas, un elemento que no tuvo el dominio español: no sólo fue y es asiento de los emperadores, virreyes y presidentes; el botín y destino final de las guerras; el centro nervioso en el que confluyen las mercancías; fue también, y lo sigue siendo, "el alto valle metafísico" (Reyes) donde habitan los dioses. Fue el centro teológico del país.

No se ha escrito la historia de la resistencia del norte a la dominación del centro durante el siglo XIX. Nunca faltaron políticos, militares y pensadores que percibieran con claridad el problema e incluso prescribieran como único arreglo una secesión temporal. Fueron vencidos, paradójicamente, por el duto liberal oaxaqueño —Juárez y Díaz— que terminó por arraigar en la geografía política mexicana el centralismo conservador. La Revolución fue, en gran medida, un intento del norte por revertir esta situación. Puede verse como una lucha de independencia en la

que un nuevo Hidalgo (Madero), seguido por muchos otros insurgentes norteros, trató de liberar al país de la dictadura de un Presidente emperador que ejercía el poder a la manera de sus antepasados mixtecos. Al atacar el bastión del poder en la ciudad de México, la revolución maderista y, en general, la revolución del norte, actuaba contra toda una cultura política proveniente de Nueva España y de tiempos precolumbinos. También Carranza, a pesar del autoritarismo en su actitud y sus ideas, procuró romper la hegemonía de la ciudad-estado: concentró y organizó su revolución constitucionalista en el norte, viajó por el país, resaltó la importancia histórica de Querétaro, vindicó el Municipio Libre, dictó sus leyes de Reforma en Veracruz. Por su parte, los sonorenses, triunfadores efímeros de la Revolución, tuvieron siempre una visión equilibrada de la nación. Obregón detestaba a la "pérfida" ciudad de México, en la que "el único hombre capaz de defender al Presidente Madero en febrero de 1913 había sido una mujer: María Pistolas". La política económica de Calles —camino, irrigación, escuelas agrícolas— tuvo un claro sentido nacional: México estaba fuera de la ciudad de México.

El michoacano Lázaro Cárdenas representó la venganza del centro. Fue él, y no los sonorenses, el verdadero triunfador de la Revolución. Aunque

detestaba la vida citadina más que todos sus antecesores ("En el campo todo es puro, en la ciudad corrupto", confió alguna vez a Frank Tannenbaum) y a despecho de su larguísimo peregrinar de redentor agrario por todo el país, en términos políticos Cárdenas fue el verdadero reconstructor de la ciudad-estado. Al dejar el poder en 1940, el ejército, los sindicatos obreros, los campesinos, los burócratas y contingentes numerosos de la clase media estaban ya verticalmente organizados en el Partido de la Revolución Mexicana con sede en la metrópoli. De entonces hasta nuestros días, la antigua explotación política y económica que previeron muchos jefes norteros del siglo XIX y contra la que se levantaron los caudillos de la Revolución, se reconstituyó y acentuó. Las colonias del norte están para callar y obedecer. Pagan tributo económico al centro que, a su vez, puntualmente, designa a sus gobernantes. El federalismo, la autonomía municipal, el simple ideal de equilibrio se difería a un futuro pospuesto siempre: cuando México estuviere maduro para la democracia. Así, imperceptible y tenazmente, los mexicanos del norte y del centro reproducían, avanzado el siglo XX, una condición de desequilibrio y servidumbre regional —auténtico imperialismo interno— que en teoría debió haber acabado en 1824, con nuestra primera Constitución Federal.

A partir de 1940, el norte entró en un letargo político creciente. Una forma de comprobarlo está en el origen geográfico de los presidentes: Michoacán, Puebla, Veracruz, Veracruz, Estado de México, Oaxaca, Puebla. Echeverría y López Portillo nacieron en el D.F. De la Madrid proviene de Colima pero llegó a la capital siendo un niño. El predominio de la zona central es claro: en términos políticos, Oaxaca, Veracruz y Michoacán han sido, por razones culturales, históricas y económicas, estados cómplices del centralismo.

El norte no advirtió el proceso. Se dice que al principio del alemanismo, Manuel Gómez Morán trató de convencer a los jefes de Monterrey sobre la necesidad de hacer política de independencia con respecto al gobierno. Sus consejos cayeron en saco roto. Los empresarios de Monterrey, como los del resto del país, fueron ciegos a sus propios intereses de largo plazo. Unos más, otros menos, todos creyeron que "la política era asunto de los políticos", que todos los mexicanos íbamos "en el mismo barco", piloteado por un infalible timonel sexenal. La demagogia populista de Luis Echeverría tocó en muchos sentidos el tronco mismo del poder económico norteno, en especial el de Monterrey, pero la demagogia inversa del discurso inaugural de López Portillo restableció los términos de relación e incluso los abondó. En el sexenio de la abundancia, Monterrey concertó un pacto sin precedente con el poder central. En 1982, el barco en el que íbamos todos juntos naufragó.

De entonces data el despertar de la conciencia política en el norte. A través de todo el sexenio de Miguel de la Madrid se prendieron focos de posibilidad democrática en la zona: San Luis Potosí, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Sinaloa, Durango, Sonora. El mapa del antiguo México liberal recuperó su conciencia individualista y quiso afirmar su autonomía. Salvo algunas excepciones tempranas en 1963, no lo logró. El último capítulo del ciclo fue ejemplar: ahora sabemos que las elecciones de 1966 en Chihuahua fueron un parteaguas en la historia política de México. El gobierno no podrá ya desdeñar el voto como un elemento incidental en la democracia. Al "chihuahuizar" al país, los votantes demostraron lo contrario: el voto es el elemento esencial de la democracia. Lo demás —incluida la definición de democracia



Muelle con grúa. 1941

que da el Artículo 3° de la Constitución— es demagogia.

Los resultados oficiales de las elecciones del 6 de julio parecen desmentir esta tendencia. De acuerdo con ellos, los electores nortenos tuvieron una participación inferior a la que presagiaba su actitud durante el sexenio. Según las mismas cifras, el voto por el sistema fue mayor. Si estas premisas fuesen ciertas podrían indicar un proceso de desencanto y conservadurismo enclavado en la zona más pujante y moderna de México, cosa que debería preocupar hasta a los mismos reformadores dentro del PRI. Por fortuna, un sector amplio de la opinión pública se ha quedado con una impresión distinta: el norte participó más de lo que indican las cifras; su voto no fue seguramente tan sesgado a favor del sistema y, aun concediendo que lo fuera, puede interpretarse convincentemente como un voto no a favor del sistema sino del candidato que ha prometido cambiar al sistema.

El norte geográfico y cultural de México ha cumplido tareas esenciales de *remolque* nacional: fue el refugio de Juárez, el origen y el fin de la Revolución armada. Para volver a tomar la iniciativa histórica y, lo que es más importante, para retenerla, el norte debe afirmar con una decisión sin precedente su autonomía política frente al centro. El cuadro del futuro inmediato es, a un tiempo, complejo y promisorio. Algunos escenarios y caminos: El principal impulso para una reforma inmediata y completa de la ley electoral deberá venir del norte. Desde ahora, cada elección local y estatal deberá ser vigilada, para lo cual se requerirá qui-

zá la integración de un voluntariado civil; sólo así, antes de tres años el norte podrá estar regido en todos los niveles por autoridades impecablemente elegidas. El PRI y el PAN deberán contender en una situación de relativo bipartidismo mientras el cardenismo logra, si así lo quiere, un perfil más moderno, más acorde con la mentalidad liberal arraigada en la zona. Si el PRI se aferra a sus instintos centralistas, ¿sería imposible que una franja importante del electorado norteno que no se identifica con el PAN discurren la fundación de un partido liberal? Por su parte, los diarios liberales e independientes deben fortalecerse y proliferar en tiraje y cobertura. ¿Por qué no inician *El Norte* o *El Porvenir* una edición para el centro? La zona norte debería, en fin, establecer vínculos con otras colonias secularmente agraviadas y políticamente activas como Yucatán, sin desdeñar enclaves tradicionalmente conservadores o socialistas, pero igualmente hartos de la denominación del centro, como Puebla o Juchitán. Así, en la última década del siglo XX estaríamos cumpliendo el programa político que nuestros antepasados idearon a principios del XIX: a la Democracia por el Federalismo.

Con todo, no se borran fácilmente siglos de centralismo imperial. A pesar de los indicios recientes, el norte de México no ha adquirido aún conciencia plena de su actual responsabilidad: no duerme, dormita. No ha sacado cuentas claras de su servidumbre con respecto al centro. (Gabriel Zaid, regiomontano al fin, si las sacó en "Las últimas pirámides" y en "Un monstruo alimentado con dólares", ambos en *La*

economía presidencial). No ha calibrado el peso y el sentido de la querrela política que escenificaron, desde el 6 de julio, las dos fuerzas predominantes y más antiguas del centro del país: el PRI —que en su forma actual es más obra de Cárdenas que de Calles— y el *fundamentalismo cardenista*, triunfante

en la ciudad de México y en el mapa biográfico del general Cárdenas: Michoacán, Morelos, buena parte de Guerrero, la zona petrolera. Si el norte no quiere que el destino del país conduzca al establecimiento definitivo de un régimen neocolonial, corporativo y centralista; si quiere un país de ciudada-

nos no de siervos, seguro de sí mismo, equilibrado, próspero y libre; si cree que la democracia no tiene adjetivos como no los tiene en España, entonces —sin miedo de despertar una sospecha ridícula y anacrónica de secesión— deberá dar su Grito de Independencia,

LO PROVISIONAL Y LO PROMISORIO

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

DESDE EL PUNTO de vista de la consolidación del subsistema de partidos políticos, las elecciones del 6 de julio tuvieron un resultado contradictorio: por una parte, fueron una expresión clara de que la ciudadanía optó por el sufragio como el método más eficaz para cambiar el sistema corporativo-presidencialista, y de que a mediano y largo plazo no hay otra opción que fortalecer el sistema electoral y el parlamento, vale decir, el subsistema de partidos; pero, por el otro, y dado el carácter heterogéneo de las fuerzas que integran el FDN, los resultados favorecieron a partidos que no tienen viabilidad histórica: el PPS se convirtió en la tercera fuerza electoral, con 10.53% de la votación, cuando en 1962 obtuvo apenas el 1.6%; PFCRN (antes PST) alcanzó el cuarto lugar, con 10.51%, mientras que en 1962 logró el 1.52% y, finalmente, el PARM ganó el 6.27%, en tanto que en 1962 era prácticamente la última fuerza política, con 1.06%. El PMS, antiguo PSUM, pasó de ser la tercera fuerza en 1962, con 3.65% de la votación, a ser el último de los partidos políticos que conservaron su registro con 3.57% de los sufragios. Los electores, pues, votaron por Cárdenas y no por los partidos políticos agrupados en el FDN. Es por eso que la corriente neocardenista, más que cualquier otra fuerza política, necesita tiempo para consolidar un proyecto político orgánico y un verdadero programa de gobierno.

Independientemente de los problemas que tendrá que resolver Cárdenas para consolidar su proyecto político, lo anterior significa que en las próximas elecciones nacionales el mapa electoral de la izquierda sufrirá modificaciones

importantes: ya sea porque los diferentes partidos consigan unificarse, ya sea porque Cárdenas constituya un partido por su cuenta y arrastre al electorado que se pronunció por los partidos del FDN; además, la mayoría de los partidos que integran el Frente (PPS, PARM y PFCRN) vivieron hasta hace pocos meses a la sombra del gobierno: la probabilidad de defecciones o de "indisciplinas" de diputados de estos partidos es una realidad insoportable; y no hay que olvidar que su peso en la cámara es importante. En cualquier caso, la consolidación de una alternativa de izquierda implicará reacomodos entre los partidos políticos y los electores. En consecuencia, los resultados electorales constituyen un gran trazo que aún está por adquirir su perfil definitivo.

En lo que se refiere a la mayoría oficial, el 50.36% que obtuvo Salinas de Gortari plantea varias incógnitas y, también, varios problemas. El triunfo por mayoría absoluta, con un porcentaje tan bajo, parece tener como objetivo lograr un mínimo de legitimidad y un máximo de credibilidad: el presidente fue, de acuerdo con los resultados oficiales, electo por la mayoría de los mexicanos y no por una minoría (mayoría relativa), pero sin recurrir "al carro completo". Ocorre una situación semejante con la elección de diputados: el PRI tendrá alrededor de veinte diputados más que la oposición, es decir, un 2% de mayoría. Las consecuencias de una cámara de diputados así de equilibrada son en principio positivas; sin embargo, si los actores políticos no actúan con responsabilidad podría suceder lo contrario. El primer hecho notable es que el presidente pierde la

prerrogativa de reformar la Constitución; sin una alianza con diputados de la oposición no podrá conseguir los 332 votos (dos terceras partes de la cámara) para aprobar sus iniciativas de ley. Esto no significa que estemos ante una situación de ingobernabilidad, porque el Poder Ejecutivo necesita sólo de una mayoría simple para poder gobernar; por ejemplo, para aprobar el presupuesto de la Federación basta con que voten 251 diputados; el mismo Código Federal Electoral asegura la posibilidad de gobierno, incluso de una mayoría relativa, ya que dota de una mayoría de diputados a la fuerza política que obtenga más constancias de mayoría.

Por el lado de la oposición, el equilibrio obligará a buscar alianzas y a desarrollar una actitud más madura y responsable frente a la mayoría priista. Paradójicamente, a quien más puede perjudicar este equilibrio es a la tendencia renovadora del partido oficial y, consecuentemente, al propio Salinas de Gortari; en efecto, los sectores corporativos, en una suerte de compensación por sus derrotas, adquieren un poder mayor al que tenían antes, ya que basta con que se abstengan para que la mayoría oficial se resquebraje. La capacidad de presión de estos sectores es proporcional a la autonomía que guardan respecto del gobierno: la CTM —y sindicatos como el de petroleros y el de maestros— será quien más poder obtenga; la designación del líder de la cámara de senadores es un indicador de lo anterior. Para nadie es un secreto que desde la reforma política de 1978, la CTM ha sido la más férrea opositora a la democratización del sistema político. La única forma en que el

próximo presidente podrá salvar este "cerco" es haciendo alianzas con la oposición política; pero dichas alianzas serán de difícil concertación mientras la oposición política no abandone sus posturas más duras y mientras el propio gobierno no se decida a hacer un pacto de transición hacia la democracia. Si el nuevo gobierno no logra avanzar en la concertación con los partidos políticos de oposición, el destino de las reformas del sistema político y del PRI dependerán del veto de los miembros más conservadores de la clase política en el poder; y podría suceder que dentro de 3 años el partido oficial llegara en una situación muy precaria a las elecciones federales. Dentro y fuera del partido oficial, el interés general de los reformadores está en fortalecer el subsistema de partidos mediante la negociación y el establecimiento de convenios interpartidarios.

De continuar la tendencia esbozada en los pasados resultados electorales, las próximas elecciones nacionales producirán un triunfo de mayoría relativa; es natural que en un sistema pluripartidista, como el que se está consolidando en México, ninguna de las fuerzas en contienda obtenga porcentajes de mayoría absoluta: los partidos socialistas en España y Francia, aunque constituyen la primera fuerza política, están lejos de alcanzar porcentajes de mayoría absoluta. Es deseable, sin embargo, que la legitimidad del presidente, en tanto que asume la jefatura del Estado, se base en la mayoría absoluta de la votación y no en una mayoría relativa. De lo anterior se colige la necesidad de una reforma en el método de la elección presidencial: la instauración de una segunda vuelta en la que los electores elijan entre los dos candidatos con mayor votación, a fin de que el presidente de la República sea electo por mayoría de votos.

A corto plazo, la tendencia renovadora del gobierno y del partido oficial se enfrentará fatalmente al siguiente dilema: con cuáles partidos de la oposición efectuar alianzas; hay voces oficiales que tienden a privilegiar al cardenismo como el interlocutor natural: se ha dicho que los votos por Cárdenas y por el PRI fueron votos por la Revolución Mexicana. El argumento más fuerte es de índole histórica, por lo que pone los ojos en el pasado: el PRI y el neocardenismo son frutos del mismo tronco, el de la Revolución. A este ra-

zonamiento se puede agregar otro: los principales dirigentes de la Corriente Democrática han sido socializados políticamente en forma idéntica a la clase política en el poder, lo que puede facilitar el entendimiento y el diálogo. No obstante, el problema de las alianzas debe situarse en dos planos diferentes: el primero tiene que ver con el interés general de los partidos —que se define en forma independiente de las posturas programáticas e ideológicas— de establecer un pacto para transitar hacia la democracia: la convergencia del PAN con el FDN para defender el voto constituye un paso definitivo en tal sentido. Si la corriente renovadora del PRI no se suma a este proceso de democratización, perderá una enorme capacidad de maniobra. El segundo tiene que ver con la mayor o menor coincidencia del programa de la mayoría priista con los partidos de oposición; y en este plano la situación es mucho más compleja. El programa económico que ha esbozado Salinas de Gortari define dos ejes fundamentales: 1) continuar con la apertura comercial (GATT) y 2) continuar con la contracción de la intervención del Estado en la economía (liquidación y venta de empresas paraestatales). Para el neocardenismo ambas propuestas equivalen no sólo a continuar traicionando el programa de la Revolución Mexicana, sino a poner en riesgo la soberanía nacional; en este punto, la contradicción entre priistas y neocardenistas no parece admitir mediación.

La articulación del FDN se ha dado más en torno de un antiprograma económico que de un programa de gobierno; por ello, la política económica es el verdadero punto de litigio. Y en realidad esta cuestión —junto con la democratización— es el verdadero centro del debate nacional; debate que, por lo demás, tiene que actualizarse. El hecho de que las dos fuerzas que se declaran herederas del proyecto histórico de la Revolución Mexicana ofrezcan soluciones antagónicas para uno de los más grandes problemas nacionales del presente, indica dos cosas: a) que la ideología de la Revolución Mexicana —si es que tal cosa existe como un sistema de ideas coherente— no tiene una sola respuesta para dos preguntas muy sencillas, pero vitales para la nación: ¿debe la economía abrirse o cerrarse al comercio exterior? y ¿cuál es la magnitud y la forma que debe tener la interven-

ción del Estado en la economía? b) que los puntos de alianza y de confrontación están lejos de pasar por la doctrina de la Revolución Mexicana: la contradicción entre conservadores y revolucionarios ha perdido el sentido que históricamente tuvo. Casi al final de su campaña, el candidato presidencial del PAN declaró, mitad en broma y mitad en serio, que el candidato del PRI le había copiado su programa económico; más allá de la anécdota, lo cierto es que en relación con la entrada de México al GATT y con la contracción del sector paraestatal, el PRI tiene un aliado más cercano en el PAN que en el FDN.

La querrela entre neocardenistas y priistas por el patrimonio ideológico de la Revolución Mexicana rememora, con todas las salvedades del caso y son muchas, la disputa entre las corrientes socialistas por el pensamiento de Marx: los revisionistas sostenían que había que actualizarlo y los ortodoxos acusaban de traición a los primeros; el curso de los acontecimientos terminó por demostrar que el pensamiento de Marx había sido rebasado por la propia historia y que la discusión sobre cómo ser marxista hoy en día no tenía mayor sentido. En México parece estar pasando algo similar: un parlamento que ha funcionado durante décadas como caja de resonancia del Poder Ejecutivo y una oposición a la que jamás se le ha permitido gobernar han impedido la discusión de los problemas nacionales. La cámara de diputados, que es el lugar natural donde las fuerzas políticas deben establecer el debate y el diálogo, se convertirá por primera vez en la historia reciente en un foro nacional; las alianzas y conflictos que veremos desarrollarse serán tan novedosos como el hecho de que la mayoría priista no se situará por encima de 2%.

Todo lo anterior permite precisar que la tendencia renovadora dentro del gobierno debe llegar a dos tipos de acuerdos: el primero, de alcance histórico, debe incluir a las tres grandes fuerzas políticas para garantizar una transición pacífica hacia un régimen democrático; el segundo, de orden más coyuntural, aunque también con implicaciones históricas, supone alianzas sobre cuestiones más puntuales que permitan gobernar con un consenso más amplio y atemperar las presiones de los sectores más conservadores del partido oficial.

¿QUIÉN PAGARÁ LOS PLATOS ROTOS?

Si en septiembre se respiran aires patrios, en julio y agosto han soplado vientos y ventarrones de democracia; a la euforia de julio siguió en agosto, primero, la incertidumbre y, luego, la angustia de una crisis constitucional que pondría en peligro todo lo ganado. Un vacío de poder, como el que hubiera ocasionado la no instalación de la cámara de diputados, nos habría conducido a un caos político. Y es bien sabido que en política hay un principio simple pero absolutamente cierto: toda situación por mala que sea, siempre puede empeorar. Si la oposición mantiene y hace triunfar una posición maximalista —en cualquiera de sus dos versiones—, en menos de un año habremos entrado en una situación de ingobernabilidad. La anulación de las elecciones y la designación de un presidente interino potenciaría las fuerzas centrífugas del actual régimen; un sistema cuyo centro gravitacional ha estado por más de 50 años en la institución presidencial, no puede darse el lujo de tener un presidente interino sin romper su estabilidad (invocar el interinato de Portes Gil como un periodo estable no tiene el menor sentido, toda vez que esta situación ocurrió bajo el maximatismo de Calles). La otra alternativa: Cárdenas como presidente de la República, nos colocaría en una situación igualmente ingobernable: primero, porque un sistema presidencialista y corporativista, que ha implicado por décadas el monopolio del poder, no puede desmontarse de la noche a la mañana sin correr graves riesgos de desestabilización; segundo, porque detrás de Cárdenas hay una coalición extremadamente heterogénea, cuyo futuro

como proyecto partidario, al menos por el momento, es totalmente incierto. Tercero, porque en menos de un año Cárdenas tendría en su contra al PRI, al PAN, a la banca internacional y a sectores muy fuertes del capital nacional, con el consecuente riesgo de polarización y de confrontación; para decirlo en otras palabras, más allá del acuerdo para defender el voto, por el momento, tanto para el PAN como para el neocardenismo resulta más fácil entenderse con el PRI que entre ellos mismos.

Al aceptar la calificación de los diputados y alejar el peligro de una crisis constitucional, los partidos de oposición optaron por una política responsable (para decirlo con Weber, por una ética de la responsabilidad), que debe desembocar en la elaboración de un pacto político de largo plazo que asegure una transición pacífica hacia un régimen democrático. En este punto hay que reconocer que la clase política en su conjunto se portó a la altura de la cultura cívica ciudadana expresada el 6 de julio. Con la instalación de la cámara, los nubarrones habían comenzado a despejarse. Sin embargo el camino no será fácil: los incidentes del primero de septiembre son preocupantes. Si los acontecimientos registrados durante el informe presidencial son la expresión primeriza de una fuerza política que acaba de subir a escena, no hay de qué preocuparse; pero si constituyen un avance —que se espera repetir de manera ampliada en el acto de transmisión del poder presidencial— de lo que será la estrategia de la oposición neocardenista, entonces, la situación se torna muy delicada. La institución presidencial continúa siendo el corazón del sistema político mexicano; su debilitamiento repercute en la estabilidad del

Estado y no sólo del gobierno.

Hay una inconsecuencia entre el pacto que se aceptó para que la cámara pudiera instalarse completa y a tiempo y el hecho de seguir impugnando la totalidad del proceso electoral; el desplazamiento de la polémica sobre la calificación de la elección presidencial tampoco tendrá mayor sentido: la cámara, con 260 diputados priístas, calificará positivamente la elección y desde el punto de vista estrictamente legal la oposición no podrá oponerse. En este sentido, ya es tiempo, sobre todo después de haber cooperado en la instalación de la cámara, de que la oposición en su conjunto redefina su estrategia: ¿Por qué no proponer abiertamente un pacto de transición hacia la democracia, que incluya cuatro puntos: 1) la reforma de la ley electoral; 2) la apertura de los medios de comunicación electrónicos; 3) el respeto estricto de los próximos sucesos electorales locales; 4) la elección democrática de las autoridades en el Distrito Federal? De persistir en la lógica de la impugnación frontal, los neocardenistas terminarán por no tener más objetivo que producir una situación de ingobernabilidad. Y si tal situación se llega a producir, hay una sola cosa que no admite dudas: será el pueblo quien pague los platos rotos. Los responsables serán otros: la clase política en el poder, por un lado, por no haber abierto el sistema a tiempo (Chihuahua, 1986) y, por el otro, una oposición política que decide jugarse el todo por el todo, pase lo que pase. Si, por el contrario, el conjunto de las fuerzas políticas actúan responsablemente y suscriben un pacto por la democracia, los resultados provisionales del 6 de julio se volverán promisorios.

¿TIENE FUTURO EL PRI?

JOSÉ ANTONIO CRESPO

EL PASADO PROCESO electoral de julio demostró, entre muchas otras cosas, que los mecanismos tradicionales de que dispone el partido oficial para captar el voto ciudadano en su favor dejaron de funcionar,

al menos en el grado que se requiere para darle un triunfo inobjetable. La crisis económica de 1982, en realidad, estimuló el descontento y el deseo de participación democrática de la población, al grado en que se modificó la cul-

tura corporativa sobre la cual se apoyaba el régimen autoritario institucional. La elección misma fue reflejo de ello, pero al mismo tiempo se constituirá presumiblemente como una palanca sobre la cual esos cambios en la cultura

política se consolidarán. En todo caso al PRI no le quedará más remedio, como consecuencia del empuje ciudadano, que aceptar la modificación de las reglas del juego, todavía inciertas, en el sentido de permitir mayor apertura y pluralismo. En esa medida, se verá compelido a transformar sus procedimientos de tal forma que adquiera la capacidad para captar el voto ciudadano sobre esas bases, es decir a partir de un juego democrático.

La pregunta que inmediatamente surge es si el PRI, dado su actual prestigio y en plena crisis de credibilidad, podrá responder adecuadamente a ese reto y sobrevivir en un ambiente democrático. Hay quienes sostienen que el partido oficial ha demostrado históricamente una gran capacidad de adaptación a diferentes desafíos del ambiente político, y que a partir de eso, no tiene por qué no hacerlo ahora. A fin de cuentas, dicen, se trata de un partido que ha estado en el poder durante sesenta años de manera ininterumpida, y ello le ha proporcionado un alto grado de institucionalización. Tienen razón en ese sentido. Sin embargo, debe notarse que el reto al que ahora se enfrenta no tiene paralelo en su larga historia. Los cambios que sufrió antes el PRI dejaron inalterada su esencia autoritaria, y nunca fue obligado, como ahora lo está siendo, a abandonar sus terrenos para contender en otros poco familiares y en los que se requiere, para sobrevivir, de habilidades y diligencias nunca antes desarrolladas por el partido oficial. En el ámbito autoritario resultaban superfluas. Además, el territorio democrático constituye el hábitat natural de la oposición; en él se ha creado, en él ha tenido que hacerse diestra para no desaparecer, tras los vapuleos propinados por el PRI en su propio campo.

En efecto, tanto el voto ideológico como el estratégico de los que se ha alimentado históricamente la oposición en México, constituyen la materia prima del sufragio democrático. Por muy poca votación que hubiese captado antes de 1988, la oposición desarrolló la pericia y la experiencia para obtener ese tipo de voto, ante su imposibilidad de competir por el voto corporativo, monopolizado por el PRI. Pero ahora, que cada vez será más importante contar con el sufragio democrático de la ciudadanía, el partido oficial será un novato frente a la oposición en esas lides.

Por un lado el voto corporativo, en sus diferentes manifestaciones, muy probablemente irá decayendo como fuente de apoyo al PRI. Su importancia descendió ya en forma abrupta en las pasadas elecciones. Pero la experiencia ciudadana resultante de ese proceso muy probablemente hará que el voto corporativo pierda aún más su significado para futuras elecciones, a no ser que el PRI restablezca sus controles tradicionales, lo que se antoja harto complicado. Incluso el voto por la estabilidad, del que tanto se benefició el PRI en otros tiempos, disminuyó en cuantía pese a que el valor como tal no ha sido abandonado. Y aún más, a raíz de lo ocurrido la ciudadanía podrá acostumbrarse a la idea de que es muy factible una alternancia en el poder en el cercano plazo sin que ello necesariamente implique la ruptura del orden público. En este sentido, muy probablemente habrá ensayos en el nivel estatal que preparen el terreno para una alternancia en el plano nacional.

Por otro lado, el partido oficial tendrá que irse adaptando a una situación en la que ya no cuenta con la protección gubernamental. Si pretende recuperar la credibilidad ciudadana, no podrá prolongar por mucho tiempo más su relación simbiótica con el Estado. Pero ello mismo puede resultarle desastroso en términos de sobrevivencia. Si en el lapso que media entre esa nueva situación y las siguientes elecciones presidenciales no ha recobrado la confianza de la población, su descalabro podría ser mayor que el sufrido recientemente. En realidad, de no haber contado ahora con la parcialidad del Estado (que se vio obligado a proporcionar al PRI una cuenta apresurada de protección) no sabemos a ciencia cierta qué habría ocurrido. En el futuro le será cada vez más difícil obtener esa vital asistencia.

La reforma interna del PRI, de llevarse a cabo, será un intento más para obtener auténticas credenciales democráticas frente a la población. No se percibe sin embargo como una tarea sencilla de realizar, dadas las anquilosadas estructuras y los cotos de poder que allí se albergan. De manera que si por un lado se renueva la imagen del PRI, por otro implicará un desgaste tremendo en el interior, que no necesariamente redundará en mayor fortaleza sino tal vez en una grave y debilitadora división intestina. Ello depende de

cómo se efectúe tal proceso. La reforma en sí misma, además, no garantizará en las condiciones actuales la reivindicación del PRI frente al pueblo. Con semejante cambio se tratará en efecto de un nuevo partido, independientemente de que conserve o no su denominación actual. Ello podría reportarle una renovada fuerza. Mas no necesariamente, pues aparte de la desventaja que supone ser neófito en un terreno desconocido, al PRI le quedará el estigma social de su herencia autoritaria. De haberse reformado cuando aún contaba con la confianza ciudadana, otra cosa hubiera sido. No se habría percibido como un acto de debilidad sino como uno de responsabilidad y madurez.

De haber tomado el PRI la iniciativa para reformar al sistema (y reformarse él), un voto por el PRI hubiese significado avalar el cambio (demandado, según encuestas realizadas en la víspera electoral, por más del 80% de la ciudadanía). En cambio, como lo que se logró históricamente votando por el PRI fueron modificaciones superficiales, que más que eliminar el autoritarismo lo reforzaban, la ciudadanía intentó la reforma votando masivamente por la oposición. Los cambios que a partir de esa experiencia se originen brindarán una clara enseñanza al elector; votando por el PRI se logran cambios en el papel y en el discurso, si acaso; sufragando en favor de la oposición se obtienen reformas sustanciales, profundas, como las deseadas. Para continuar y consolidar la transformación en el futuro, no hay razón para pensar que haya de volver al voto priista.

Así, la duda de si el PRI podrá adecuarse a las nuevas condiciones queda en el aire. De no hacerlo desaparecerá con el régimen autoritario, que ha recibido un golpe mortal. A fin de cuentas se trata del sistema que lo creó, alimentó y protegió en todo momento, para que a su vez le sirviera como sostén y apoyo central, lo abasteciera del voto ciudadano y le proporcionara un formidable aparato de control político. Cuando la ciudadanía le empezó a demandar al PRI que diera muerte al autoritarismo, éste se negó rotundamente y lo defendió hasta con las uñas. Ahora que la ciudadanía le ha propinado un golpe letal a través de las oposiciones partidistas, el PRI intentará desembarazarse del sistema autoritario para sobrevivir en uno democrático.

Tal vez sea demasiado tarde. Su estrecha vinculación con el sistema que en otra época lo benefició a partir de la lógica corporativa —que identifica al partido con el Estado y a éste con la nación— ahora posiblemente le provocará efectos contraproducentes. Le será difícil convencer a la nación de su nueva naturaleza democrática, aunque en realidad la desarrolle.

De ser correctas tales apreciaciones, lo mejor que podría hacer el gobierno salinista sería preparar el terreno para

una alternancia del poder ordenada y pacífica, función que cumplió, por ejemplo, el gobierno de Suárez en España. En ello encontraría su mayor responsabilidad histórica frente a la nación. Pero la misma situación podría provocar la tentación en la élite gubernamental de conservar el poder a toda costa, por encima de cualquier norma o arreglo institucional. El riesgo de ello está siempre presente en toda transición política, sobre todo cuando los rit-

mos se aceleran más allá de lo previsto. Si la élite dominante resulta muy debilitada en el proceso (en buena parte por haberse opuesto al cambio demasiado tiempo) puede reaccionar con un endurecimiento político que ponga en entredicho la viabilidad de una democratización pacífica. Pero, más allá de prolongarse un poco más en el poder, lo único que se logra con tal respuesta es elevar a la nación los costos de la democracia.

TOMÁS DE AQUÍ NO

CARLOS CASTILLO PERAZA

CUANDO EL BELGA Willy Peirens, vicepresidente de la Confederación Mundial del Trabajo (CMT), fue a Santiago de Chile en 1985 para exigir al general Pinochet la liberación del sindicalista Rodolfo Seguel, recibió en el Ministerio del Interior chileno la respuesta normal: "Se trata de alguien que atenta contra la seguridad del Estado". Atónitos, los sindicalistas latinoamericanos que lo acompañaban —Dagoberto González, venezolano, senador de Trabajadores (CLAT)— y el propio Peirens, supieron poco después que Seguel y otros obreros habían sido puestos en libertad por el dictador.

Tres años más tarde, la última semana de agosto último, Peirens hizo otro viaje con propósito análogo. Esta vez voló a Managua en compañía de otro dirigente de la CLAT, Dante Oberlín, a exigir al gobierno de los comandantes la liberación de otro sindicalista preso: Carlos Huembes, secretario general de la Central de Trabajadores Nicaragüenses (CTN) y presidente de la Coordinadora Democrática de Nicaragua, preso desde el 10 de julio, apaleado durante varios días por los discípulos en crítica literaria del comandante Tomás Borge.

La respuesta del viceministro del Interior nicaragüense fue, casi palabra por palabra, idéntica a la del burócrata pinochetista: "Se trata de un problema político: la seguridad del Estado". Hubo, empero, una diferencia: ni Huembes ni sus compañeros de prisión

fueron puestos en libertad. Hasta el 10 de septiembre seguían detenidos sin juicio. Tomás, a diferencia de Augusto, dijo "aquí no".

¿Qué ocasionó la detención y los malos tratos a Huembes y a otros 35 disidentes? El delito de lesa literatura más cometido contra los tiranos: organizar una manifestación en favor de la paz y la democracia. Huembes, como presidente de la CDN, convocó a una marcha en Nandaime —a 86 km de Managua— para exigir al gobierno de los comandantes el cumplimiento de los acuerdos de Esquipulas. No es posible, si se conoce algo de la historia contemporánea de Nicaragua, acusar a este sindicalista de somocismo. Desde su fundación en 1980 y hasta la caída de la dictadura en 1979, la CTN —a diferencia de la CGT comunista— luchó contra Somoza y pagó una alta cuota de muertos, desaparecidos y torturados. La organización, de inspiración cristiana, sostuvo entonces como ahora la línea del sindicalismo independiente del Estado y de los patronos; la autogestión; la necesidad de un régimen democrático. Carlos Huembes ha sido su mejor dirigente, ayer y hoy.

Los comandantes, como se sabe, no ofrecieron en el ámbito de la economía más que ponerles gerentes fieles al régimen a las viejas empresas de Somoza y sus cómplices. Además, establecieron un sistema de gobierno con tintes claramente totalitarios y, con el profesor Tomás al frente del aparato represivo,

iniciaron la obra de aniquilamiento de las libertades de expresión, asociación y reunión. Los versos quedaron a cargo del padre Cardenal. La seducción al de Sergio Ramírez. Las máscaras de exportación al del padre Miguel d'Escoto, quien antes fue amigo y asesor de la CTN y nada ha hecho para evitar que sus antiguos asesores sean víctimas de la nueva represión.

La Iglesia Católica y la CTN han sido, a partir de la aparición del sandinismo-leninismo, puntales sólidos de la batalla por la democracia en Nicaragua. Carlos Huembes, ya varias veces golpeado y detenido antes de ahora, es el primer obrero que llega a presidir la Coordinadora Democrática, de la que también forman parte los partidos políticos independientes y algunas asociaciones que resisten desde la disidencia cívica y pacífica, en el interior del país, acosados y vigilados por los hombres del profesor Tomás, crítico de literatura extranjera por vocación y policía en sus ratos libres. ¿No escribió Marx alguna vez que en la sociedad comunista de la abundancia los hombres se consagrarían a la caza, la pesca y la crítica literaria?

El 10 de julio, los discípulos de tan destacado maestro fueron a Nandaime y se dedicaron a la cacería de manifestantes y a la captura de disidentes. Sus tareas fueron tan brutalmente ejecutadas que no fue posible "mostrar" a los detenidos hasta doce días después, una vez que las heridas y las hinchazones

ya no eran tan evidentes. Junto con Huembes, aparecieron Roger Guevara (CTN), Miriam Argüello (Partido Comunista) y Augusto Jarquín y Luis Alberto Carballo (Partido Social cristiano). Había unos treinta detenidos más.

La Prensa y Radio Católica regresaron al silencio. Willy Peirens compró su boleto Bruselas-Managua. Daniel Ortega redactó su telegrama de felicitación a Carlos Salinas de Gortari. Entre tanto, el profesor Tomás con-

sagraba sus esfuerzos intelectuales a la lectura meditada de algunas páginas de Enrique Krauze y Octavio Paz. Una vez terminada su labor al frente de la crítica del garrote, empuñaba el garrote de la crítica.

VENEZUELA A LA VISTA

ALEJANDRO ROSSI, ADOLFO CASTAÑÓN,
JOSÉ BALZA

Vuelta es, lo hemos dicho desde el principio, una revista hispanoamericana. Lo es por sus intereses, por sus lectores y sus colaboradores. No es extraño, entonces, que un feliz azar haya hecho coincidir en nuestras páginas los cuatro escritos que a continuación presentamos y que se ocupan, de diversas maneras y con distinto espíritu, del arte y la literatura de Venezuela. El primero, un relato autobiográfico de Alejandro Rossi, ofrece una imagen íntima del país, visto a la distancia, que se resuelve en el retrato espiritual de un escritor; en el segundo, Adolfo Castañón da cuenta de las relaciones entre México y la literatura venezolana. Las páginas de —nuevamente— Alejandro

te y la literatura de Venezuela. El primero, un relato autobiográfico de Alejandro Rossi, ofrece una imagen íntima del país, visto a la distancia, que se resuelve en el retrato espiritual de un escritor; en el segundo, Adolfo Castañón da cuenta de las relaciones entre México y la literatura venezolana. Las páginas de —nuevamente— Alejandro

Rossi y José Balza que siguen al ensayo de Castañón se refieren a la obra y la persona de Armando Reverón, el pintor venezolano cuya obra se expone actualmente en el Museo Internacional de Arte Contemporáneo Rufino Tamayo y con la cual se ilustra el presente número de Vuelta

VENEZUELA A LA VISTA

ALEJANDRO ROSSI

COMPRENDER MI VIDA es una vanidad a la que ciertamente no aspiro. Sospecho que en mi ya invisible adolescencia intuía que la claridad o la racionalidad no serían los consuelos de mi existencia. Cuando pienso en mi biografía sobreviene la misma impaciente convicción que me invadía, en aquellas interminables tardes de internado, al contemplar las cartas geográficas de nuestro mundo: que era imposible conjugar el desorden y la fragmentación de la tierra —islas inasosadas, bahías absurdas o inútiles, brazos de mar sin pie ni cabeza, abigarramientos inexplicables y lejanías enigmáticas— con algún plan u orden divino o semidivino. La geografía como un fantasmal preargumento filosófico. Con el tiempo la situación ha empeorado. Soy, si mucho me obligan, capaz de explicar brevísimos pasajes de mi vida, tránsitos o estancias cortísimas, pero me declaro ciego para reconocer, en la suma de ellos, una estrategia de vida.

Siempre me ha impresionado, por otra parte, la desproporción escandalosa entre causas y efectos que alteran definitivamente —seré melodramático— nuestros destinos. Hijos de madre venezolana y padre italiano, vivíamos mi hermano y yo en Roma durante la segunda guerra mundial. Los aires se enturbiaban y en nuestros padres había la natural preocupación por nuestra seguridad y educación. Mi abuelo venezolano, Don Félix Guerrero —en esa época un hombre muy poderoso económicamente— insistía en que o bien viniésemos a Venezuela o que, en todo caso, estableciéramos cuarteles de invierno en España. Mi madre, que como tantas muchachas hispanoamericanas había sido educada en Suiza, prefería que nos fuéramos allí y, si no recuerdo mal, tenía ya las plazas aseguradas en un colegio de la parte francesa. Quedaban otras alternativas: trasladarse a la Santa Sede bajo la protección de la Embajada o Legación de Venezuela

o irnos a Castel Nuovo della Berardenga, una propiedad del Conte Guido Chigi Saracini, amigo muy cercano de mi padre y patrón de Siena y de tantas otras cosas. Agregó que cualquier salida de Italia suponía, al menos en teoría, la vuelta a ella. Pues bien, ¿qué sucedió en realidad? Que de pronto llegó la noticia de que mi abuelo había encontrado pasajes en el *Cabo de Hornos*, un barco español, uno de los poquísimos que con su gemelo —el *Cabo de Buena Esperanza*— cruzaban el Atlántico y tocaban puerto venezolano. Ya estábamos, me parece, por irnos a Suiza e iniciar ahí una adolescencia de confesiones, disciplinas ascéticas, chocolates nutritivos y relojes infalibles. La memoria —caprichosa y frecuentemente maligna— no me hace olvidar una escena en el Hotel en el que habitábamos, el *Imperiale* de Via Veneto. Creo recordar una tarde, al final de la primavera, en la que mis padres discutían —o revisaban, para componer una ima-

gen más convencional— las diversas posibilidades. Se habló, por último, de la agradable travesía marina, de amigos comunes con quienes compartir el largo viaje, de lo interesante que sería para los chicos una pequeña temporada en Caracas y quizás, ya hartos de tantas dudas —era la hora del té, por lo demás— acordaron que sí, que volaríamos a Sevilla y nos embarcaríamos en Cádiz. Las decisiones, lo sé bien, muchas veces se forman con un núcleo tenso y dramático al principio y luego, al cabo de una inmovilidad angustiada, se precipitan por una especie de cansancio y abandono casi fisiológicos. Sólo quiero señalar que esa charla pragmática mientras —supongámoslo para mayor banalidad— el sol doraba Roma, cambió radicalmente mi vida. Si yo fuera un prócer o un potente orador que recibe una pesada medalla de oro en alguna institución imprescindible, diría que allí comenzó mi 'destino americano'. Lo que, en cambio, digo, más sencillamente, es que en efecto me embarqué en Cádiz y que en la famosa Tacita de Plata se quedó mi padre agitando la mano desde un muelle. Lo que afirmo es que allí se inició una desconianza insuperable ante los destinos deducibles, rectilíneos o manifiestos. La homogeneidad entre causas y efectos es, en mis vaivenes vitales, una mera ficción curricular.

No trataré, entonces, de explicar nada. ¿Qué debería aclarar, por otro lado? ¿Por qué no me quedé en Caracas hasta el final de la guerra o por qué, en lugar de vivir en Venezuela o en Italia, nos trasladamos a Buenos Aires? ¿O por qué, después de varios años en Argentina, fui a los Estados Unidos y por qué no permanecí allí sino que viajé y completé mis primeros estudios universitarios en México? Adivino respuestas indecisas, razones perdidas y causas minúsculas y prefiero guardarlas para ese paciente policía con el que al final todos nos toparemos. El tiempo, me dicen, no será ya un problema.

He vivido, pues, poco en Venezuela y, sin embargo, siempre he estado cerca de ella. Sin duda alguna, mi madre es la razón fundamental. Aunque viajera impenitente, era una caraqueña esencial que nunca quiso romper con el puerto de origen ni, sobre todo, con su numerosa familia, fuente última de amparo y de seguridad emotiva. Lo cual se tradujo, en mi infancia, en un bilingüismo temprano que la llevó,

más tarde, en Roma, a inscribirme en un colegio de monjas españolas para que en las tardes, fuera de las horas regulares de enseñanza, la inolvidable Madre Juana —guapa, rosada y enérgica— me puliera este vacilante idioma en el que escribo. Añádanse las constantes visitas de amigos y parientes. A pesar de que afectaba las costumbres locales, prefirió ella, por ejemplo, esperar —meese, creo— la llegada de Gustavo Manrique Pecanina, el padrino elegido, mítico dueño de *La Carlota*, quien se presentó en Florencia con novedosa cámara de cine y unas magníficas medallas acuñadas. Cuentan que el cura, con contenida rabia de sotana negra, le comentó a mi madre: "¿Qué esperaba, que el niño tuviera dientes?" Una casa la mía en la que vivieron tías y abuela venezolanas, la hermosa María Páez, la bizneta del General, y cuyo álbum (del cual me sonreía y ahora quisiera tener) recoge los versos y las frases ocasionales de los primeros modernistas venezolanos. Los veranos en Forte dei Marmi en los que aparecían mi bisabuela Guerrero, una cumanesa que, según dicen, se metía en el mar, de riguroso incógnito, a las cinco de la mañana, mi primo Manuel Pérez Guerrero, estudiante en París, la adorable Tía 'Machaca', las primeras primitas Marturet, con sus padres, José Antonio y Marisa, todos tan indispensables en mi vida. Luego están los inaugurales viajes a Venezuela, en los años treinta, en aquellos barcos, el *Virgilio* y el *Orazio*, que hoy se nos antojan enormes y que le otorgaban a las travesías una sensación de cambio, de dramatismo geográfico imposible de repetir ahora en los agobiantes autobuses aéreos. De esas vacaciones, en la casa de mis abuelos, en Cují a Romualda, quiero rescatar, sin ánimos exegéticos, unas cuantas impresiones que no se han ido: la serpiente inclemente de la Guayra a la Capital, mi abuela abriendo un cuarto repleto de juguetes (habrían vaciado la Casa Belga) con un tren eléctrico del que todavía no me he bajado (un cuarto fatal en mi vida porque siempre espero una repetición que sé que no ocurrirá), la negra Margarita —cocinera grande!— que me hipnotizaba poniendo los ojos en blanco, las aceras altas e irregulares de las calles, el vuelo bajo de los zamuros, el ruido de las chancletas de Nemesis, las capillas particulares con tantos santos y tantas velas encendidas, como si siem-

pre hubiera una petición urgente y daría que hacerle al Cielo, las langostas vivas en unos baldes con agua. La dignidad, claro, la cordialidad, la asombrosa generosidad y también la rusticidad de aquellos corrales perdidos en el fondo. Casas que comenzaban con cierto ciudadano empaque decimonónico y terminaban en la Venezuela pobretona y rural.

La infancia es una trampa, por supuesto: nos crea la ilusión de ser testigos inocentes en el momento de nuestra vida en el que más encadenados estamos a los otros. Las voces y las miradas se mezclan con las de los mayores y es allí, precisamente durante esos años frágiles, cuando nos unimos sin remedio a una continuidad histórica. La cual, de modos y formas muy variadas, ha persistido con una intensidad que, a estas alturas de los años, no puede menos que definirme. La edad, qué lástima amigos míos, no me ha concedido una particular sabiduría sobre algún asunto venezolano, pero al menos me deja rastros de personajes heterogéneos de la historia de la Nación. Algunos son borrosos, como aquél en el que me veo en el amplio jardín de una villa de la Riviera Italiana, en San Remo, buscando con otros niños los símbolos rituales de la Pascua. Mediaban, me imagino, los años treinta y el dueño, que presidía la ruidosa cacería infantil con distraída elegancia, era el notable José Gil Fortoul. Otro, más claro, me trae la figura de Rufino Blanco Fombona en la terraza de nuestro apartamento en Buenos Aires. Había más o menos revisado nuestra biblioteca y había descalificado, con gruñidos semiamables, la mitad de ella. Contaba mi abuelo que en los paseos comunes por la ciudad se detenía de pronto ante la estatua de algún prócer, local o hispanoamericano, y lo increpaba con sorprendente ardor polémico. Discutir con estatuas no es un mal oficio. Mientras contemplaba la Avenida Alvear frente al Bosque de Palermo, el antiguo modernista le susurró a mi abuelo: "Félix, esto es París, no me lo imaginaba así". Buenos Aires, la ciudad que editó *Prosas profanas*. Ese día, por desgracia, tuvo los primeros avisos de la muerte inminente. Cuando falleció, mi madre encontró, debajo de la almohada en el cuarto del City Hotel, un pesado revólver y también huellas imprevistas de que se tenía el pelo. El arma y el disfraz. Tampoco olvidó aquel 23 de

enero cuando fui a darle un abrazo a Don Rómulo Gallegos en su casa de México, en la calle Goethe. Había euforia personal y una inmensa esperanza histórica. Comenzaba, en efecto, otra Venezuela.

Tengo cien mil imágenes que le debo a Venezuela, un hermano —si me permiten el énfasis— en verdad fraternal, familia afectuosísima y cinco o seis amigos de hierro. Me enorgullece —aunque suene a discurso cívico— que algunos antepasados míos intervinieran decisivamente en la formación del país y tampoco me falta —a pesar de que lo oculte un tanto en razón de cierta pulcritud teórica— un barniz de patriotismo que a veces me lleva a celebrar con exceso la innegable transformación de Venezuela. No soy un exi-

liado, poseo un pasaporte en regla y también —seré abyectamente sincero— una flamante cédula de identidad. Y, sin embargo, y sin embargo confieso que en los días torcidos me invade un desagradable sabor de usurpación. Como si todo fuera una comedia, como si yo me disfrazara de lo que no soy. Se trata del ya insuperable descaje de mi vida, el efecto ácido de haber estado aquí y allá, la consecuencia de una extranjería excesivamente prolongada. O, tal vez, el precio a pagar por la insensata vanidad de haber querido vivir en una suerte de territorio privado del cual yo sería el único habitante. Sostengo, en mi descargo, que ese lugar inexistente, ese topos imaginario, nació del deseo de conciliar mis lealtades profundas a Venezuela, claro está,

pero también a Italia y a México. En los últimos tiempos se me ha dado la ventura de acercarme más a Venezuela. Mis amigos saben la emoción que me ha causado. Como escritor me doy cuenta, quizá ya tarde, que no puedo desperdiciar ese universo de voces, sabores, luces, ritmos y tonos de vida que son indudablemente míos. Como si descubriera la alegría de contar —¡también yo!— con historias comunes, con abuelos, con tías, con secretos familiares. Juro que no aspiro a ningún realismo, ni mágico ni casero, acaso a unos cuantos olores de aquellos patios y corrales. Me veo, así, como una persona que oía detrás de la puerta y que ahora, sin hacer mucho ruido, entra al fin en la sala llena de gente animado por los gestos invitantes de algunos amigos.

LOS DÍAS Y LOS DIÁLOGOS DE VENEZUELA EN MÉXICO (1948–1988)

ADOLFO CASTAÑÓN

LA HISTORIA DE las relaciones entre México y Venezuela se remonta a la Conquista con Diego de Ordaz, el compañero de Cortés que exploró el Orinoco. En la Colonia, monjes, mineros, funcionarios y comerciantes van y vienen entre nuestros países. Bolívar, Codallos, Mariano Montilla y Juan Paz del Castillo dejan en la memoria mexicana de los primeros días del XIX su huella insurgente. Años después, Santa Anna recibe al general Páez (1854) y lo agasaja con un banquete. La historia de nuestras relaciones la siguen escribiendo los escritores como Felipe Larrazábal, el biógrafo de Bolívar, los toreros, como la cuadrilla mexicana que aparece en Caracas en 1882, los pianistas como la renombrada Teresa Carreño que visita la capital mexicana en 1901 y da heroicamente un concierto de gala con un tobillo torcido pocas horas antes o más modestamente los lectores del *Manual de urbanidad* del caraqueño Carreño, leído por varias generaciones en México y otros países de Hispanoamérica.

Nuestra historia también podría iniciarse con el "Repertorio Americano"

que Andrés Bello publica desde Londres y donde se siguen con particular interés las publicaciones, libros y temas mexicanos. Esa historia es también la de los venezolanos residentes en México en misiones diplomáticas como Gil Fortoul, Pición Salas y Diego Córdoba, y hoy Germán Carrera Damas, antiguo investigador del Colegio de México y autor de una *Contribución al estudio del pensamiento intervencionista en México en el siglo XIX* (1958). O la de los mexicanos enamorados de Venezuela como José Juan Tablada y Carlos Pellicer.

En la segunda mitad del siglo XX la historia de las letras venezolanas en México se inicia con el destierro de Rómulo Gallegos, quien había entrado en contacto con nuestro país años atrás.

A mediados de 1933, en Madrid, no lejos de la última casa habitada por Benito Pérez Galdós, el ensayista mexicano Andrés Iduarte conoce al autor de *Cantaclaro*. El tabasqueño Iduarte descubre que lo une al gran novelista ese parentesco de primer grado que hace a los hombres del Golfo y del Caribe, de las Antillas y de las costas colom-

bianas y venezolanas hijos de una misma trama cultural, criados *Sobre la misma tierra*, afines por la geografía, por el lenguaje y la fonética, por el carácter y por la cocina. Iduarte corrobora en la amistad de Rómulo Gallegos las sugerencias adelantadas por Pedro Henríquez Ureña acerca de la unanimidad espiritual americana. Gallegos encabeza en aquella España que ya vive los prólogos de la Guerra Civil una pequeña colonia venezolana en el exilio que atrae al mexicano por su afectuoso trato. Iduarte y Gallegos han hablado de un viaje a México pero la muerte de J.V. Gómez lo aplaza indefinidamente. Al ser elegido presidente de Venezuela, Iduarte saluda al flamante ejecutivo con sus recuerdos de España. Pocos meses después, a su caída, *Cuadernos Americanos* —la revista de ecuménica inspiración hispanoamericana dirigida por Silva Herzog, Juan Larrea, Alfonso Reyes, José Gaos, León Felipe y Alfonso Caso entre otros— publica una enérgica protesta contra ese hecho que no deja de ser ominoso para todas las democracias de Hispanoamérica, como analizarán más tarde en las

mismas páginas Eugenio Imaz, Rómulo Betancourt y Mariano Picón Salas. (Cabe decir, de paso y entre paréntesis, que *Cuadernos americanos* es tal vez la revista que registra con mayor constancia la presencia de las letras y la cultura venezolanas en México.) Al igual que otros mexicanos, Lázaro Cárdenas ve en la caída de Gallegos un signo de "desintegración de nuestras nacionalidades". Bien que Rómulo Gallegos no haya sido muy afecto a la vida literaria y mundana, su presencia en esos años mexicanos no pasa de ningún modo inadvertida. En 1961 el novelista Mauricio Magdaleno publica un extenso ensayo sobre las poderosas "Imágenes políticas de Gallegos". En 1964 el Fondo de Cultura Económica conmemora los veinticinco años de la aparición de *Doña Bárbara* en un edición ilustrada por Alberto Beltrán y en la que Gallegos evoca cómo conoció a *Doña Bárbara*. Ese mismo año Andrés Henestrosa escribe un pequeño ensayo sobre la obra en que hace ver las correcciones introducidas por Gallegos entre la primera edición y la segunda. Tres años más tarde, las Ediciones de Andrea imprimen la monografía de Lowel Dunham sobre Gallegos y su obra. En su carácter de presidente desterrado, depositario de la legitimidad interrumpida, Rómulo Gallegos participa en numerosos actos que la prensa mexicana no deja de reseñar. Por su persona y por su obra, Gallegos es un personaje querido en México. Se le ofrecen unas cenas y se le invita a otras. En 1966, al llegar a la cena anual de *Cuadernos americanos*, los invitados se ponen de pie y lo reciben con aplausos por haber renunciado al doctorado honoris causa que le fue conferido siendo Presidente, por la Universidad de Columbia en 1948. Dos años antes, con motivo de sus sesenta años, se le organiza una cena de homenaje a la que asisten, entre otros, Guillermo Haro, Jorge Carrión, Manuel Terraza, Luis Cardoza y Aragón, Octavio Paz, Jaime García Terrés y, en sitio de honor, Lázaro Cárdenas. Las cartas que éste le dirige a Gallegos son, por cierto, expresión fidedigna de la amistad y de la admiración que se tienen ambos protagonistas de la solidaridad y la dignidad hispanoamericanas, virtudes a las que no deja de aludir Carlos Fuentes al recibir la primera edición del Premio Rómulo Gallegos.

Durante el destierro de Gallegos en México, conviven con él otros venezolanos. Al inaugurarse la estatua ecuestre de Bolívar, uno de ellos, Andrés Eloy Blanco, quien también alcanzó una entrañable popularidad entre los mexicanos, pronuncia el discurso "Bolívar en México" que será ampliamente difundido a su muerte en 1955.

La residencia mexicana de Eloy Blanco lo lleva a advertir con mayor claridad las singularidades afectivas y culturales de su Venezuela original. La muy distinta experiencia del "Año Nuevo" en ambos países le inspiran uno de sus poemas más perdurables: "Las uvas del tiempo", donde la experiencia de la extranjería lo hace dolorosamente consciente de sus ejes familiares, como ha hecho ver Milagros Mata Gil.

Sin embargo, de todos los venezolanos que han residido en México en lo que va del siglo, tal vez sea Mariano Picón Salas el que con mayor agudeza y sentidos más alertas se ha adentrado en la comprensión de México. Sin duda ya lo predisponía esa avidez de afirmaciones hispanoamericanas y de viajes escritos que lo llevan a Chile, Perú, Brasil, Argentina, Estados Unidos, Europa y México. Si a Europa le hace preguntas y Chile le despierta penetrantes intuiciones, la tierra de Sor Juana y de Juárez le suscita definitivamente un *Gusto de México*, título que publica en esta ciudad en 1962. Su contacto con la vida cultural mexicana había empezado años antes. A través de Alfonso Reyes y de Daniel Cosío Villegas se relaciona a principios de los años cuarenta con la editorial Fondo de

Cultura Económica. De los seis libros que publicará en México, editará tres con el sello de esta casa: *De la conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana* (1944), *Pedro Calver, santo de los esclavos* (1950) y *Regreso de tres mundos* (1959). Los otros son *Europa-América. Preguntas a la esfinge de la cultura* (1947), *Viaje al amanecer* (1943) y el ya citado *Gusto*. Picón Salas tiene numerosas amistades mexicanas y cuando alguna le solicita un prólogo él no duda en escribirlo como hace con *Los días de Aguascalientes* de Antonio Acevedo Escobedo (1962). Por su erudición, por sus contactos innumerables en el mundo hispanoamericano, por su actividad infatigable se le invita a participar en la articulación de la recién fundada serie Tierra Firme del FCE. Los planes originales del editor Daniel Cosío Villegas incluían la edición de una historia exhaustiva de Venezuela en todos los campos: economía, política, cultura, letras y artes. A partir de esos planes, la editorial mexicana incluirá en su catálogo, además de los tres libros mencionados de Picón Salas, una economía colonial de Venezuela, dos libros de Arturo Uslar Pietri (*Letras y hombres de Venezuela* y *En busca del Nuevo Mundo*), una biografía de Andrés Bello, y *La filosofía del entendimiento* del mismo en su *Biblioteca americana*.

Mariano Picón Salas visitó México en 1942. Durante ese viaje hizo una amistad sólida y fraterna con Alfonso Reyes, el Erasmo hispanoamericano, como él lo calificó. En recuerdo de los diálogos que ha sostenido con él en torno al destino unánime de la cultura



Desnudo acostado. s/f. (Cat. 33)

americana, le dedica ese gran fresco de la historia de la cultura hispanoamericana que abarca de *La Conquista a la Independencia*. En la amistad de Alfonso Reyes, Picón Salas ve encarnarse sus propias inquietudes por la ecumene criolla y mestiza de Hispanoamérica y, al morir su amigo mexicano, reconoce que su obra ofrece "una América conciliadora y cordial; la América del espíritu que debe ser y que todos estamos esperando". De esa América ya presente algo en la compacta mescolanza de culturas palpable en México. Con *Gusto de México* —libro de observaciones menudas y de minucias observadas con ojos de historiador de la cultura, un poco al estilo de las cornucopias mexicanas del malagueño Moreno Villa— Picón Salas documenta y razona ese embrujamiento —palabra suya— que le ha dejado México. "Cómo añoro los días y los diálogos de México. Aquella tierra me dejó embrujado", repite a Coello Villegas en una carta. Y si bien le fascinan muchas cosas de este país, ninguna lo cautiva tanto como la facilidad con que la capital mexicana deja de ser otra ciudad bulliciosa para transformarse en "uno de aquellos centros universitarios de la vieja Alemania romántica, una Jena o una Gotha gigantesca donde los estudiantes estaban dispuestos a darse de cuchilladas por Kant, por Fichte o por Hegel", según la ve desde el Tercer Congreso Interamericano de Filosofía celebrado en México en enero de 1950. Picón Salas no se aleja de esa conversación. En un retrato dejado por Ermilo Abreu Gómez —hijo de la maya y yucateca Mérida— aparece el escritor de la Mérida venezolana, más impregnada de usos hispánicos: "Habla con medida, casi sin entonación. No sé si es porque no existe una entonación peculiar de Venezuela o porque Mariano, por moverse en medios de tipo universitario, ha ido perdiéndola. Discurre sobre los temas que la conversación trae, con descuidada e inteligente precisión. No se exalta, no decae tampoco en el transcurso de la charla". La disposición para discurrir y conversar, el ánimo suelto de su diálogo amistoso tal vez se ven pronunciados por la simpatía más profunda que puede existir entre el acento reservado y adusto, la nota crepuscular del mexicano —acuñada por Henríquez Ureña en su ensayo sobre Ruiz de Alarcón— y "la espontaneidad no exenta de discreta reserva" y el "ar-

te más íntimo de sugestión, de prontitud metafórica y hasta de amable ironía" que definen según el propio Picón Salas el auténtico matiz caraqueño en figuras tan disímolas como Bolívar, Pedro Emilio Coll y Teresa de la Parra.

Y no es, por cierto, gratuito que la escritora de Ifigenia recuerde en su penetrante ensayo sobre la "Influencia de las mujeres en la formación del alma americana" a la Malinche de Hernán Cortés y a Sor Juana Inés de la Cruz para ilustrar dos momentos característicos de esa historia de la abnegación que es, según ella, la de la cultura criolla y mestiza. Teresa de la Parra nos recuerda que este diálogo de América consigo misma ha sido muchas veces un coloquio dulce y silencioso donde las mujeres, "obreras anónimas de la concordia", han desempeñado el papel de la fusión y de la simpatía, de la humana síntesis. Años más tarde será el rostro de una mujer mexicana el que encarne un mito capaz de atravesar las fronteras de América Latina "en un momento en que ninguna imagen masculina puede atravesar las fronteras políticas para dar unidad al continente"; y así es la legendaria María Félix quien representa "el símbolo de la voluntad de la mujer de nuestro tiempo" a los ojos del novelista y crítico José Balza, quien, junto con Salvador Garmendia, Gustavo Carrera, Guillermo Meneses y Adriano González de León, es uno de los narradores venezolanos más conocidos en México y uno de los aficionados más fervorosos del cine mexicano en Venezuela. Balza ha visitado México en diversas ocasiones, ha publicado diversos artículos en revistas mexicanas, entre los que destaca su ensayo sobre Rafael Cadenas; acaba de editar en esta ciudad *Este mar narrativo* (1987) —reunión de ensayos sobre el cuerpo de la narración— y el FCE ya anuncia la edición en México de su novela *Medianoche en video 1/5*. Sin embargo, tal vez los tres venezolanos más conocidos en México en las últimas décadas sean Guillermo Sucre, Juan Nuño y Alejandro Rossi.

Desde la publicación de *Borges, el poeta* (1967) hasta la edición mexicana de *La máscara, la transparencia. Ensayos sobre poesía hispanoamericana* (1986) y a través de numerosos ensayos, artículos y poemas publicados en revistas mexicanas como *Plural* y *Vuelta*, la obra de este pulcro y sagaz crítico ha sido para los jóvenes lectores mexica-

nos un ejemplo definido y definitivo de lo que la crítica literaria llega a ser cuando se ejerce con rigor y con entrega. En otro sentido, el filósofo Juan Nuño también figura como un ejemplo. Ha editado en México dos libros de importancia, *Los mitos filosóficos* (1986) y *La filosofía de Borges* (1987), diversos artículos en *Dianoia*, *Crítica* y *Vuelta*, como por ejemplo el que dedicó no hace mucho a Sartre algunas entrevistas. Ha impartido diversos cursos en la UNAM y desde hace un par de años publica con regularidad artículos periodísticos en la capital y la provincia mexicana. Heterodoxa y polémica, la personalidad de Nuño, indisoluble de su obra, llama la atención tanto por su severidad lógica como por su vigor antagonista, su fluidez y soltura, por no decir su convincente llaneza. En cualquier caso, la presencia más poderosa y magnética de Venezuela en México es la de Alejandro Rossi, el filósofo de *Lenguaje y significado* (1969) y el escritor de *Manual del distraído* (1978), *Sueños de Occam* (1983) y *El cielo de Sotero* (1987). Su obra, relativamente breve e indiscutiblemente concentrada y precisa, ha sido publicada toda en México pero la resonancia hispanoamericana y española de un libro como *Manual del distraído*, varias veces editado a uno y otro lado del Atlántico, prestan a su figura más amplio relieve. Si Hispanoamérica ha sido y es en cierto modo un continente de hombres trasterrados, su cultura una cultura sin fronteras y la ciudad de México una de las capitales culturales de este continente, Alejandro Rossi —nacido en Florencia, residente en México, donde ha sido miembro destacado del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y fundador de revistas como *Crítica*, *Plural* y *Vuelta* y educado en Venezuela, Argentina, Estados Unidos y Europa— es un raro emblema del cosmopolitismo hispanoamericano, familiarizado por igual con las raíces culturales del Viejo y del Nuevo Mundo. Su obra relampagueante y concentrada da todo el tono de ese fervor por la cultura —"pedagogía de la felicidad", decía Picón Salas— y de esa incisiva rapidez latina que distingue a Borges y a Paz. En sus narraciones más recientes, esos tonos se materializan en una geografía a medias imaginaria y a medias real que impregnan un relato denso y límpido en torno a la política de la tierra caliente.

Más allá del puñado de nombres que salta a la vista, el diálogo de Venezuela y México se da constante y fluidamente como un debate de Hispanoamérica consigo misma. Así lo demuestran las páginas de Ramón Xirau sobre Vicente Gerbasi, que conoció bien a México, las de Otero Silva sobre la Revolución Mexicana, las de Juan Liscano sobre Octavio Paz y *El horror por la historia*, las de Domingo Miliani sobre Rulfo, las de Alexis Márquez Rodríguez sobre

Fernando del Paso o la constancia feliz de algunos poetas y escritores venezolanos en las revistas mexicanas como el mismo Liscano, Eugenio Montejo —a quien pronto el FCE editará una generosa antología—, Rafael Cadenas, Miguel Gómez, Armando Rojas Guardia y, entre los más jóvenes, Josú Landa, Milagros Mata Gil y Néstor Rojas.

Lo asiduo de esta presencia propicia y desencadena una actualidad, que re-

cuerda ese diálogo sostenido en sueños por Rufino Blanco Fombona: "De cuando en cuando le preguntaba a mi padre:

—¿Es tiempo?

Y mi padre me respondía:

—Todavía no.

A un momento dado insistí:

—¿Ya? Y mi padre me respondió

—Sí."

TODO ES DIFERENTE

ALEJANDRO ROSSI

LO MÁS CÓMODO sería separar la vida y la obra de Armando Reverón. Celebrar sus extraordinarios cuadros y distraerse de su enmarañada biografía. Sin duda hay casos en que esta división, tan académica y tan higiénica, no afecta demasiado la comprensión de un artista. Me refiero, por supuesto, a los que aceptan —aunque sea desgadamente— los hábitos y las convenciones de una comunidad y sólo en el lienzo o en la hoja blanca libran la secreta y decisiva batalla. Reverón pertenece —si me admiten estas clasificaciones algo escolares— a los que necesitan cambiarlo todo, rechazar el mundo e inventarlo de nuevo. Lo cual debe entenderse al pie de la letra y no como la metáfora de cualquier creación artística. Reverón, en efecto, no acepta nada: abandona la ciudad y se instala, literalmente, al borde de la tierra, frente al mar, como si quisiera decirnos que está y no está entre nosotros, y allí construye algo que es a la vez un taller, un zoológico privado y un museo casi prehistórico. Sería un error de imaginación definirla como una casa: se trata, nada menos, que de la invención de un mundo. Como si se hubiese impuesto la tarea de recrear, sistemáticamente, el universo heredado. El artista, en un emocionante viaje adánico, hace sus propios pinceles, prepara sus utensilios y materiales en una mezcla incansable y heterodoxa de elementos que está regida, me sospecho, no sólo un proyecto estético más o menos definido, sino también por esa terca volun-

tad de alteración, de función de un territorio inédito. Quiero decir, entonces, que la vida de Reverón, ese indefinible impulso teológico, entonces, es tan esencial para comprender su obra como las posibles influencias formales de una tradición pictórica. Es ese impulso el que lo lleva a una contemporaneidad sorprendente y tal vez no buscada, a la fabricación, por ejemplo, del enigmático teléfono, suerte de "ready made", o al uso de "materiales pobres", fardos, sacos de café. Nada más equivocado, por consiguiente, que interpretar su difícil destino como un primitivismo risueño o desesperado. En las postrimerías de su vida, dará el paso definitivo: si un día creó una paleta personalísima, si otro día armó una guitarra o le enseñó a pintar al mono,

al final —¿cuál es el verbo exacto?— poblará su tórrido castillete con sus verdaderos habitantes, esas muñecas que son las mujeres soñadas convertidas ahora en modelos cálidas y mansas.

Sí, algo sucedió en la costa venezolana cuando Reverón, solitario y frenético, inició su prolongado rito de creación. Sí, algo sucedía cuando se tapaba los oídos, cuando se amarraba la cintura hasta anestesiar el cuerpo en dos mitades y danzaba frente al ballette: sí, aparecieron los cuadros blancos, los cocoteros más desolados del mundo, las ráfagas de luz que nunca habíamos visto. La costa venezolana, estoy convencido, cambió para siempre. Armando Reverón, nuestra gran epifanía, a quien yo le dejo en pleno asombro, este puñado de palabras.



FLASHES

JOSÉ BALZA

RESTANDO IMPORTANCIA A los sucesos que precedieron la noche de su nacimiento o detallando sorpresas, actos desacostumbrados y sospechas en ese itinerario, biógrafos y críticos coinciden (por omisión, por exceso) en dar un aura escalofriante a esa noche. Una poción digna de Macbeth, un sombrío escenario a lo Goya, una secuencia silenciosa y cruel del *Popol Vuh*: tal mezcla podría dar la atmósfera del 10 de mayo de 1889, cuando Armando Reverón nace en una quinta de Santa Rosalía, en Caracas. El oscuro tejido de ese alumbramiento combina a un padre drogómano, despótico y débil y a una madre confundida, delicada, posible. Julio Reverón y Dolores Travieso de Reverón: pareja de conflictos, de inestables frecuencias.

Nada más ilógico y, sin embargo, necesario que el inmediato alejamiento del niño. Es llevado seguramente por su madre a la hacienda *Caño Monagas*, cerca de Valencia, donde vive un matrimonio amigo, los Rodríguez Zocca. Éstos y su pequeña hija Josefina serán la más sólida familia que conocerá Reverón durante su infancia. En sucesivas y breves visitas a Caracas, apenas hablará con su padre, pero tendrá la fantaseosa presencia de su abuela materna, adicta a las genealogías y al ensueño con castillos y reinos.

La calidez (y algunas sorpresivas noches frías) de Valencia; la proximidad de montañas siempre apartándose, como calcinadas y, sobre todo, los verdes exuberantes de pastizales, naranjos y arboledas, rodean la casa, rodean al muchacho. Suyos son los campos, los jardines, los patios de la casona colonial. Su aguda proximidad con Josefina (hermana, niña ideal; novia de juegos: dama de mimbres?) perdurará hasta la muerte prematura de la muchacha. También aquí, en Valencia, un tío materno lo inicia en la pintura. Y durante esa infancia (de esplendores y dolorosas distancias) Reverón, muy niño, construye algunos de sus juguetes: no sólo las formas rutinarias por las que son atraídos los pequeños, sino también muñecas: semejanzas de seres paralelos a los que diariamente ve: pe-

ro al mismo tiempo, seres más delicados, manipulables a voluntad. Muñecas con las cuales Reverón se confunde: son suyas, son de Josefina. Son de ambos. Él y Josefina (y las muñecas) forman un mismo ser.

A los doce años sufre el ataque de fiebre tifoidea que, en diagnósticos del futuro, será considerado como punto de partida para explicar su dispersión psicótica. A los catorce, habiendo muerto ya su padre, se instala en Caracas con Dolores de Reverón. Vuelve al contacto con la abuela, ahora enriquecido para él a través del piano que ella ejecuta con agrado. Pinta al aire libre; su vinculación con la madre es sostenida, tal vez fresca.

Entre 1911 y 1915, Reverón cumple sus viajes a Europa. Los itinerarios han sido precisados por sus biógrafos: España—La Guaira—Puerto Cabello—Valencia—Caracas: la primera vez; España—Francia—España—Caracas, la segunda.

No vamos a tocar aquí la concreción de su encuentro con Goya, ni sus visitas al Louvre o sus lecturas memoriosas de Lope de Vega, Calderón y otros del siglo de oro español. Tampoco sus ejercicios de retentiva visual para escoger colores y discriminar matices con sesenta tarjetas distintas. Menos el progresivo acercamiento a su madre: una intimidad de silencios, apoyos y discreción.

Pero nos ceñiremos a dos enlaces. Ahora Reverón ha cumplido veinticinco años y su vida se aproxima a un momento divisorio: cuanto es realidad sin aparentes secretos no tardará en desdoblarse, en hurgar desde sí mismo, para revelar sus otras potencias. (Atrás quedan muchas obras pintadas al aire libre, su autorretrato de 1910, el retrato de su amigo Enrique Planchart y algunos lienzos de la ciudad). Veamos, entonces, el primero de ambos indicios: quizá desde mucho antes, Reverón conocía el mar. Pero jamás—como al iniciar sus viajes— lo había sentido aparecer tras las montañas que conducen a La Guaira o con la vitalidad que muestra en el puerto o a través de sus insistentes metamorfosis: El Caribe, el

Océano. Viajes: encuentros con la piel móvil de la tierra; aceptación del encuadre cambiante. Hallazgo del plasma irreal. Inseguridad de lo estable. Algas de polvo, severidad lunar. Alfabeto innumerable: agua. Días y noches existen para surgir y devolverse en el mar. Aunque sepa que algún día llegará a Madrid, a un pueblo francés, comprende inesperadamente que el final del viaje no interesaba: este mar es su destino. ¿Por qué dudar que Reverón viaja para no llegar? ¿Son explicables esos brevísimos saltos por las ciudades sin las largas, lascivas noches de encantamiento con el mar?

El otro enlace corresponde—como siempre habrá de ocurrir en la vida del artista: de un polo al otro—no a la conjunción con lo natural sino a la inclinación por el invento, por el artificio y los testigos: Reverón torea, con otros artistas plásticos (buscando fondos para alguna insegura empresa intelectual), en el Circo Metropolitano de Caracas. Estamos en 1914: ¿qué significa el traje brillante y algo ridículo; el ritual, el toro, los aplausos? ¿Qué significa esto? No importa el fracaso económico del acto. Hay un triunfo en ese gesto de los veinticinco años: el otro se ha asomado, pero Reverón no lo sabe.

Durante la lenta búsqueda de los centros definitivos (para su vida, para su obra) Reverón trabaja en La Guaira, dando clases de dibujo. Su madre permanece en Caracas, y el alejamiento es sereno, regular. Estamos en 1919, y ya se han sedimentado las bruscas impresiones del mar: ahora éste le pertenece con intermitencias. Ni una señal dramática en su retiro hacia el litoral. Sólo, tal vez, la muerte repentina de una muchacha: una de sus alumnas adolescentes. Muerte que esconde, otra vez, la desaparición de Josefina, su amiga y hermana de Valencia. Vestido con traje oscuro y corbata, recorre pensativo las callejuelas, los muelles. En su trabajo personal, pronto abandonará para siempre el género de naturalezas muertas.

Pero un año antes Reverón ha vivido una experiencia singular: un conjunto

musical, en el que predominan las estridencias de trompetas; un conjunto de atenta batería para los pasodobles, el merengue o ciertos ritmos antillanos y de México y que todavía deja asomar algún joropo, toca en la Plaza Vargas, frente al viejo mercado de La Guaira. Había llegado el rotundo carnaval porteño. Risas, comparsas, aventuras. Los antifaces y la proximidad del mar; cuerpos ocultos, voces fingidas. Un teñebroso disfraz de murciélago (¿o de esqueleto con alas?), negro y ágil se acerca a un dominó, de capucha y guantes, en el día. Por la noche, el dominó recibe con sorpresa a un ajustado torero: sombrero cordobés, zapatos negros, crepao en el frente. El conjunto toca el valse *El bojote*, de absoluta actualidad en ese momento, y el torero establece contacto con el dominó. ¿Bailan? El torero, por supuesto: Reverón; el dominó oculta a una muchacha de catorce años: Juanita. Se divierten, se confunden. ¿Ella se marea? Él solicita pintarla, como modelo; ella no entiende, pero quiere aceptar. Con irregularidad, desde este carnaval ambos comenzarán a acercarse para toda la vida. Compartirán la casa de la madre, en Caracas, de Pilita a Mamey, o la casa de El Valle o la del pintor Ferdinandov en Punta de Mulatos. O la casa cerca de la Plaza López (también muy inmediata al radio de atracción de Ferdinandov) que Reverón alquilará en 1919.

La experiencia singular de Reverón durante ese carnaval nos permite unir diversos puntos para aludir a un descenso: apenas aludir, porque ignoramos cuál puede ser el fondo de tal acto, del encuentro entre Armando y Juanita.

Un hombre de casi treinta años, y la niña de catorce. Un temperamento escueto y misterioso: siempre ajeno, aun cuando la alegría y los juegos estén presentes, un carácter cruzado por imprecisos impulsos de dolor, de abandono, de distanciamiento y muerte: esto es lo que Reverón entrega a la incandescencia elemental de Juanita. Ella nada sabe de arte; no conoce las letras; ríe y se desliza, virgen, en el encantamiento: así, y dentro de ese círculo mágico quedará para siempre.

El torero imagina a la bestia que debe afrontar; su figura existe sólo por el toro: para él. Reverón lo sabe; su voluntad ha discernido el disfraz. Tiene rato en la plaza. Se sabe mirado por su faja roja, por su chaqueta y por la ele-

gante seguridad del cuerpo. Atraviesa la fiesta: y el toro nunca llega. Casi al borde del fastidio intuye que él mismo es el toro: hombre y bestia; animal y disfraz unidos. Cuando así lo comprende, la plaza abre sus avenidas: bullicio, gente, máscaras. El espacio es un tablero enorme, con salidas y entradas que conducen al mismo punto: el lugar de los músicos. Reverón, el toro, el torero están en un laberinto. Nadie puede rescatarlo, nadie lo ve, perdido tras el disfraz. Ese laberinto, desde luego, pertenece a la Plaza Vargas de La Guaira; pero se traslada al pensamiento, a la carne del hombre: será, desde hoy, el tiempo propio del cual nunca podrá salir.

Su inicial alegría de la tarde dio paso al fastidio; éste a la desesperación. En ese instante suena el valse *El bojote* y, desconcertado, el torero se acerca a un dominó. ¿Quién lo viste? ¿Un muchacho o una mujer? Reverón aborda a esa persona. Le pide bailar, le pide ver sus manos. Le propone que sea su modelo.

Pero ambos están bajo el disfraz. Juanita se confía, feliz; Armando quiere saber de ambos, de sí mismo; y la toma. Bajo diversas actitudes, bajo diversas facetas, el disfraz los rodeará durante toda su vida. Ninguno de los dos podrá ver completamente el cuerpo del otro, porque él no lo permitirá, no lo aceptará. La posible entrega de ambos, la felicidad y el dolor futuros, quedan anudados por este artificio.

Los proyectos de mudarse a Macuto son más firmes. Primero opta por vivir con Juanita en Punta de Mulatos. Un rancho, con piedras que son utilizadas como camas y asientos; él y Juanita. Los pescadores han ayudado a trasladar esas rocas. Pero hacia 1921, su madre, Dolores Travieso, se entusiasma con la idea de Armando, y acepta comprar un terreno cerca del bar "Las Quince Letras", en Macuto. Así se inicia la construcción de lo que será llamado el castillete y la estructura de una vida paralela en el artista. Hacia 1925 la casa queda concluida.

Al principio el muro fue una línea de piedra: los límites para el nuevo reino. Adentro estaban Reverón y Juanita, el mono intemporal; algunas plantas, las cortinas como mallas. Concluye la intensidad azul en la pintura de estos años, y el artista se divierte con amigos y curiosos: gente de playa, turistas,

también. Lentamente, no obstante, la línea divisoria comienza a crecer: un cerco, una pared: la alta muralla envolverá con los años el territorio elegido. Aunque cumpla bromas con algunos amigos o con algunos visitantes, ya Reverón no está expuesto a la mirada de cualquiera. La construcción puede obedecer a un viejo sueño de niño (la abuela toca el piano; se interrumpe: cuenta largamente al niño sus imágenes de caballeros y castillos) o a un acuerdo entre él y Juanita para proteger sus propiedades o, aun, a un símbolo de la progresiva tendencia autista que se realiza en el creador. Pero, tal vez, al cerrar con muros los contornos del castillete, Reverón culmina la creación de ese animal viviente que, según Aristóteles, es la tragedia y es lo bello. En efecto, este escenario sería una de las exigencias primordiales de lo trágico: un cuerpo que sea suyo, según Platón. La muralla, al cerrarse, otorga vida completa al espacio del drama: Reverón eleva así los círculos concretos para su invención mayor: su otra vida. Cuanto vaya a ocurrir aquí, aunque nutriéndose de la existencia cotidiana de Reverón (la suya, la nuestra); aunque sirviendo de atmósfera a la gran obra plástica de esos días y del futuro, ya no pertenece a ninguno de estos niveles: cuanto va a ser inventado, imaginado, forjado, es sólo el enlace entre esas dos posibilidades de la existencia: pero a la vez, la rotunda irrupción de una nueva vida. Imitación de lo conocido; esclarecimiento indirecto de toda una conducta, pero sobre todo sustitución, erección de un acto duradero (que es celebrado a diario, durante años) cuyos momentos o cuyos elementos se traban inexorablemente como totalidad. Citemos por última vez la *Poética* de Aristóteles, y quizá sus frases ciñan mejor lo que la voluntad de Reverón esconde, como un animal abstracto, tras el cuerpo del castillete: "Es preciso, pues, que, a la manera como en los demás casos de reproducción por imitación, la unidad de la imitación resulte de la unidad del objeto, parecidamente en el caso de la trama o intriga: por ser reproducción imitativa de una acción debe ser la acción una e íntegra, y los parciales estar unidos de modo que cualquiera de ellos que se quite o se mude de lugar cuarte y descomponga el todo, porque lo que puede estar o no estar en el todo, sin que nada se eche de ver, no es parte del todo".



Paisaje de Macuto, s/f.

Entre 1925 y 1935 han ubicado los estudiosos la *época blanca* de Reverón: materialización de una conciencia en fuego absoluto, consagración y equilibrio para el desastre. Una crisis mental (1933) circunda esta cristalización del genio, explicada entre nosotros por interesados especialistas: desde sí misma y desde su significación universal para el ojo. A los años del óleo y el colete, suceden las obras sobre papel con pintura de base de cola.

Para pintar un cuadro, *Las hijas del sol*, Reverón coloca sobre las modelos algunos ornamentos especiales: plumas y collares, seguramente preparados por él. Es necesario ver en ese asomo de los adornos algo más que un interés por dar color local al cuadro.

Los pasos, los ritos, sus saltos y procedimientos extraños, ante el cuadro, no se quedan fuera de la superficie de éste: esos movimientos traspasan el momento y se inscriben en el lienzo, como una parte más de su carácter (*Lo que puede estar o no estar en el todo, sin que en nada se eche de ver, no es parte del todo*). Con esta *gestualización corporal*, según Juan Calzadilla, Reverón se adelanta a lo que mucho después desarrollarán los artistas del "action painting" norteamericano. Miguel Arroyo sostiene una aseveración similar.

Y ahora que lo ubicamos en estos años de deslumbramiento, cuando ya hemos visualizado algunos de sus ambientes y de sus invenciones, ¿cómo verlo en la plenitud de la edad, afianzado desde su propio cuerpo, en medio del castillete? Films viejos y nuevos (éstos porque recogen antiguas imágenes, y las restauran) pueden ayudarnos. Veamos entonces las obras cinematográficas concebidas por Edgar Anzola, Roberto de Lucca, Margot Benacerraf, Joseph Fabry y Ángel Hurtado, para encontrar algunas de sus imágenes:

Hoy: lleva una camisa larga y algo vieja; el pelo revuelto, atado con un turbante rojo. Las alpargatas que se está poniendo son de hilo grueso, blanco, pero adornadas con estambres a un lado. En las orejas, desde luego, los tapones de algodón (o de estambre). Un pantalón deshilachado. Nos mira desde la puerta del castillete. Quizá estuvo pintando.

Hoy: acaba de quitarse el gran lienzo blanco que llevaba sobre la cabeza. La franela es un tejido abierto y está tan rota que el pecho y la espalda se mueven libremente bajo ella. Alpargatas, tapones en los oídos, un *short* destartado. El cuello en tensión, los brazos moviéndose, la mirada cambiante, el torso plano, de bella movilidad bajo la franela. Contra el vientre, un bejuco ajustado, hiriente y divisorio. Los pinceles han sido fabricado por él y permanecen envueltos con tela, para que la piel no reciba el efecto directo, duro, de la madera. Tampoco toca metales en esos momentos ni saluda dando la mano. Está pintando, se aleja del cuadro, se acerca, con violencia. Al fondo, las modelos son excusas para esta agitación. Usa la paleta como si fuera un espejo, para verse, para ver al modelo y al cuadro. A su lado, el mono Pancho (un mono sucesivo: que ha muerto y vuelve a ser de nuevo el mismo en otro mono) está vestido, y lleva la cabeza tapada por una máscara metálica o por un yelmo extraño (ante este demonio casi desnudo y gesticulante, cuyo cuerpo baila y se frota eróticamente contra el aire, ante ese desbor-

damiento, ¿dónde queda aquel muchacho de traje oscuro, cuidadoso y atento, que vestía camisa impecable y corbata de lazo?).

Pero el estremecimiento de la cabeza, la movilidad de los pies; la cintura que avanza y luego se esconde; el terrible bejuco, cuyo poder divide al cuerpo en una zona para la conciencia y otra para la excreción y los genitales; la mirada misma que coquetea simultáneamente con la modelo, con la materia pictórica, el cuadro, la paleta y con aquellos que presencian el trabajo, todo confluye hacia una abierta cúpula solar. Su respiración, sus gestos exceden (o amplían) el ritual de pintar. Allí se está consumando una ilimitada descarga, una sensual transgresión al acto aparente: un coito alucinado con lo exterior. Si tal energía puede desbocarse así, si sus transfiguraciones eróticas pueden alcanzar este desconcertante juego consigo mismo y con lo otro, ¿de qué espacio psíquico viene? ¿Cómo se enlaza con el múltiple diseño de su existencia? Para intentar responder apenas tenemos algunos balbuceos. Reverón asumiendo en tal grado la escala de su invención personal (una vida paralela, sustitutiva) o desciende hacia oscuros impulsos, hacia tracciones tan vertiginosas, desoladoras y placenteras a la vez —con tal intensidad: cualquiera que sea el sentido de su conducta—, que hasta en ese ámbito común, la sexualidad, su propuesta será delirante, única, irreconocible. De nuevo nada suyo será sometido a la norma; de nuevo no querrá parecerse a ninguno de nosotros. Otra vez su voluntad, su amplitud, lo llevarán a establecer un principio suyo, una ley individual: una sexualidad abierta, femenina y masculina a la vez, abarcadora, tácita y pública al mismo tiempo. El espacio del sexo, en él, cubrirá su inteligencia y su locura; los contactos que establecen la piel y la mirada; la huida ante un otro solo: para darse en invenciones, en lo indirecto, a mil presencias.

Traigamos algunas frases de Juanita sobre esto: "Entonces dijo, bueno, algún día que yo la necesite yo la puedo buscar, mi mamá vive más abajo, yo me crié en El Mamey, yo me crié ahí... allí en El Mamey, mi mamá vive más abajo, cuando usted la necesite y usted quiera ir, va pa'allá, la señora Reverón —Reverón era ella, la mamá. Bueno, da la casualidad que un día por

cierto dije —me voy a ir, me voy pa' allá. El estaba aquí en La Guaira dando clases de dibujo y pintura, estaba trabajando en el Colegio Michelena. Bueno, cogí y me fui y cuando llego allá, entonces misia Aurora lo llamó: Bueno, Armando... Aquí tienes una visita que te está esperando, que se llama Juanita. Entró a la puerta y dijo, bueno mamá —yo me acuerdo de esas palabras como si las estuviera diciendo aquí—, dijo: bueno, mamá, si usted no me quiere a esta muchacha no me quiere a mí

tampoco, le dijo él; si usted no me la quiere a ella no me quiere a mí tampoco; entonces ella dijo: no, hijo, cómo no, yo la voy a querer, basta que yo sea una persona enferma que no puede atenderte, ni entiendo de esas cuestiones de arte ni nada, tú necesitas una gente que te ayude, cómo no, para mí es otra hija —dice ella...

“...Y así, él era así, casi un santo, un santo parao, un santo que andaba así, pendiente del arte, pendiente de todo; él no se ocupaba de nadie y de nada,

yo sé que no tuvo hijos por la calle ni tuvo nada”.

“Mira óyeme, para decirte francamente yo andaba libremente con Armando, como hermanos, como un par de hermanos andábamos nosotros, comprendes...”.

Y, finalmente, esta admirable, sintética expresión de Juan Liscano: “Su sensualidad inicialmente fue difusa: se concentró en la visión. Poseyó con los ojos y por los ojos”.

CARTA DE ESPAÑA

BLAS MATAMORO

EN EL PRIMER semestre de 1989, España presidirá la Comunidad Económica Europea. El hecho, aparte de los resortes comunitarios que, efectivamente, pondrá en manos de los gestores españoles, tiene un sentido simbólico muy agudo. Casi tanto como la bandera comunitaria, un rectángulo de suave azul con doce estrellas doradas formando círculo (un ciclo solar de buenos auspicios) y el himno comunitario, el *Canto a la Alegría* beethoveniano, que encierra el entusiasmo humanista de Schiller.

El símbolo en juego es: España, de nuevo en cabeza de Europa. Tal vez desde los tiempos imperiales de Carlos V, esto no ocurría. Y no parece gratuito el paralelo, ya que fue el emperador uno de los primeros en pensar una Europa unida. Para España, ahora, significa no, por supuesto, el retorno a una grandeza imperial devorada por la historia, y por lo tanto, perdida para siempre, sino una vuelta a la primera fila de la modernidad, donde estuvo en los siglos XV y XVI. Después, el aplastante peso de la Contrarreforma y la debilidad de la Ilustración abrieron un pleito entre España y lo moderno europeo. Puede pensarse que empieza a cerrarse la brecha con el proceso de desarrollo industrial de los años sesenta. Lamentablemente, debió conducir su despegue un régimen autoritario y arcaico, que sirvió de freno y ralentizador a lo que, en definitiva, era inevitable.

España se sentará en la presidencia en un buen momento para la afirmación y expansión de la zona integrada. Marruecos y Turquía han declarado querer integrarse en la CEE y Noruega, donde gobierna la compañera de Felipe González, Gro Brundtland, también proyecta sumarse a los Doce de alguna manera. La CEE ha firmado su primer acuerdo con el COMECON (su homólogo del Este) y la política de apertura al mercado mundial y ampliación de la economía privada en los regímenes comunistas anuncia un terreno en que cabe ampliar el trato. Mientras, se agujerea el subsuelo del Canal de la Mancha para ver si los ingleses dejan de ser insulares, se establecen cables submarinos que conectan la red eléctrica española con la marroquí, en tanto se sigue hablando de un túnel por debajo del estrecho de Gibraltar. La presencia de España en países del otro bloque adquiere contornos tan sugestivos como la participación en el lanzamiento del cohete soviético que acaba de proyectar el viaje a Marte y la venta de material de comunicaciones a la URSS por medio de la Compañía Telefónica (sociedad anónima en régimen de monopolio).

La expansión de la CEE plantea problemas de tradición e identidad que muchos europeos reciben con la angustia de lo inédito. En 1992 no habrá ya fronteras para mercancías, capitales ni mano de obra. En algún momento, el ECU, moneda común ideal, pasará a

ser efectivo medio de pago cotidiano, con sumisión a un Banco Central europeo. Ya hay un batallón franco-alemán, preludio de la unificación de los ejércitos europeos en un proyecto de seguridad y no de guerra.

Es ésta, quiero decir la europea, tal vez, la primera experiencia auténticamente internacionalista de la historia. Hasta ahora —y Europa ha sido un ejemplo en esta materia— integrar significaba someter a un poder imperial. La CEE es el paradigma contrario: unos iguales o que quieren serlo, se sientan en torno a una mesa y deciden compartir sus economías.

Pero la ampliación contempla más desafíos a la imaginación europea. Europa será la familia de las democracias industriales, a la cual se irá integrando la familia de los colectivismos burocráticos, en la medida en que se adviertan puntos en común. Pero ¿y Turquía? ¿Y Marruecos? ¿No suponen una reformulación del concepto de Europa? Europa redefinida como el lugar del desarrollo, la democracia y una economía de mercado que intenta conciliarse con la economía estatal y sintetizar la eficacia competitiva con la solidaridad social. Casi nada.

Ha sido una tradición europea buscar los límites. Europa fue, durante siglos, una abstracción, a la cual se daba malamente cuerpo por medio de las expediciones hegemónicas. Los romanos, Carlomagno, Carlos V, Napoleón, intentaron unificar por la fuerza. Y luego

venían los filósofos de la historia a estudiar "las esencias europeas".

Sustancialmente, los límites entre lo europeo y lo no europeo se daban en las marcas, en los deslindes con Asia y África. España y Portugal eran africanos, el continente negro empezaba en los Pirineos o, a la suma, en Sierra Morena. El confin asiático era el río Elba o, para los alemanes optimistas, la Pomerania. Los turcos habían avanzado, alguna vez, hasta Viena, pero, al igual que los árabes en Poitiers, fueron llevados a sus justos límites.

Todos estos tópicos sobre el espíritu de los pueblos han pasado a la historia de las ideas. La actualidad señala que se parecen las sociedades que hacen cosas parecidas. El ejemplo flagrante es el Japón. Insular, alejado de toda base territorial "firme", con una lengua sin expansión alguna, se ha entendido con el mundo por el lenguaje de la eficacia industrial.

A España le tocará presidir una CEE que ha resuelto sus pleitos de presupuesto (producidos, sobre todo, por la obstinación de la señora Thatcher en considerar que el dinero inglés era propio y no comunitario) y que inicia los estudios para constituir una moneda común europea. Al gobierno socialista le gustaría lograr otra línea de estudios, destinados a unificar la legislación social, sobre todo en materia de contrato de trabajo y de protección al desempleo. Los sindicatos españoles ya están planteando lo que se suele hacer en Suecia y Holanda: pagar una pensión vitalicia a quien no consigue empleo durante un mínimo de años y demuestra tener una preparación profesional adecuada para obtenerlo (trabajos anteriores, pruebas, títulos, etc.) Pues, si bien el paro cede con desesperante lentitud, se calcula que, con viento a favor, será la mitad que el actual en el año 2000. Es decir que, para entonces, uno de cada diez españoles en condiciones de trabajar carecerá de empleo. ¿Será la Europa solidaria del siglo XXI capaz de proveer a su subsistencia?

En su último film, *El Dorado*, Carlos Saura parece cambiar bruscamente de talante, dejando a un lado el intimismo crítico de su primera época, ligada a la dictadura, y la exploración, en parte musical y coreográfica, de ciertos mitos españoles, de su segunda época. Ahora se ha metido de lleno en la superproducción histórica, tomando como

asunto la aventura de Lope de Aguirre.

Ya Werner Herzog había filmado acerca de lo mismo, aunque el alemán se interesó menos por la historia que por la alegoría, haciendo una reflexión sobre el destino humano, imperioso y difícil de escrutar, y sobre la inanidad de las conquistas políticas. Saura, en cambio, ha investigado la escasa documentación y rellenado el resto con imagerías novelescas, como debieron hacerlo los escritores que se aproximaron al curioso personaje que se sublevó contra Felipe II y proclamó la independencia de una república despótica que sólo reunía a un puñado de hombres en una embarcación que derivaba por el Amazonas.

En los laberintos de la superproducción vistosa, Saura no se halla demasiado a sus anchas. Su tono de intimidad y su morosa delectación analítica encuentran poco que hacer aquí. Pero, más allá de aciertos y errores, la película tiene una calidad que la señala: es el primer intento crítico del cine español respecto a la conquista de América. Más aún: es de las pocas obras que abordan tal temática entre la filmografía hispana.

El descubrimiento y ocupación de América es uno de los lugares de la historia arrumbados por el cine. Así como éste ha creado tópicos sobre romanos, cruzados, espadachines del barroco e intrigantes dieciochescos, ciudades orientales y sombras chinecas, prácticamente no ha hecho nada con los conquistadores hispanos. Cuando, para compensar, el cine español del alto franquismo abordó el asunto, lo hizo con una perspectiva cerradamente nacionalista e imperial, contándonos historias de españoles arrojados y heroicos, de indios ingenuos y primitivos, de franceses arteros y mentirosos. Quedan en los archivos estas piezas de museo llamadas *Alba de América* o *La nao mayor*.

Es oportuna la iniciativa de Saura, ahora que se montan los tinglados del Quinto Centenario. Existe el peligro de caer en un neotriunfalismo atolondrado y falto de autocrítica, que sólo puede evitarse con un examen sereno de un pasado que, como todos, está animado de fuertes contradicciones.

América es algo que, en general, los españoles consideran importante, pero que no se sabe bien por qué. Tal vez ello se deba al hecho de que el continente afectó, en cada época, a sectores

puntuales y, finalmente, minoritarios de la sociedad española. Extendiendo la fantasía se puede pensar que no ocuparse de América es negar haberla dominado y haberla perdido. En efecto, llama la atención la escasez de la literatura que, en el siglo XIX, se dio por enterada de la batalla de Ayacucho y de sus consecuencias. El fenómeno sólo es comparable a la desatención que los historiadores españoles, en general, prestaron al siglo XVIII, hasta hace un par de décadas y animado por los estudios de los hispanistas franceses.

Películas como la presente, si es que arraigan en el público, pueden producir beneficios secundarios. Ante todo, pueden imponer un tópico y crear un espacio en el gusto de los espectadores. Así como se ven películas sobre la conquista del Lejano Oeste, se pueden ver sobre las conquistas de la cercana América.

Luego, este cine puede contribuir al ensanche de la conciencia crítica de los españoles respecto a su propio pasado. En el mismo sentido han operado y operan las películas que siguen menudeando sobre temas extraídos de la guerra civil.

Por fin, la mirada atenta sobre la América de la conquista y los viajes de exploración puede movilizar algún tipo de cine equivalente en América Latina, que también tiene algo que decir sobre el asunto. Pues si bien los fabricantes de Hollywood y los modestos películeros españoles han abordado el tema escasamente, tampoco hay abundancia de ejemplos en el cine latinoamericano.

Esta negación múltiple tiene que ver, acaso, con el no reconocimiento de los orígenes. Desde la Independencia, en América se ha pensado que la historia empezaba con la revolución emancipadora. Un poco a la manera de los historiadores franceses del XIX, para los cuales la Francia que les interesaba era la Francia contemporánea, que arrancaba del 89 y de sus antecedentes. Hacer historia era hacer historia de la modernidad. En América ocurrió algo similar y sólo una segunda promoción de historiadores, a fines de siglo, advirtió la importancia de rastrear en la historia indígena y colonial.

El cine parece no haberse enterado de estos viajes históricos. En sus tiempos de esplendor industrial, el cine argentino se ocupó de las guerras libertadoras, las civiles y las campañas,

contra los indios. Ni qué decir tiene que los mexicanos crearon su cine de la revolución, con corrientes y contracorrientes, mitos y contramitos. Al fondo, la castigada conquista sigue siendo la Cenicienta de nuestro imaginario, aun-

que nada de lo que nos ha ocurrido en la historia puede prescindir de su existencia. Es como el mítico Dorado al que intentaban llegar los expedicionarios del XVI y al que trata de acercarse,

ahora, Carlos Saura. Intocable como todo lo sagrado, inabordable como los sueños, movilizaba, sin embargo, el esfuerzo de los hombres por caminos que se pierden en la selva.

LA DEMOCRACIA VERDE EN MÉXICO

HÉCTOR CEBALLOS GARIBAY

A CLAUDIA VILLANUEVA KURI

LA DEMOCRACIA alternativa no es la antítesis de la democracia formal, sino únicamente su necesario complemento. Las profundas restricciones que padecen las democracias en el capitalismo real, más la imposibilidad de construir sociedades contemporáneas donde no exista el Estado, nos remiten a la búsqueda de una fórmula correctiva: la práctica de la democracia alternativa, cuyos elementos sustanciales se sintetizan de la siguiente manera:

a) Frente al avance de la nociva intervención totalitaria del Estado, y como forma eficaz para contrarrestar el poder de las élites (ejército, monopolios, sociedades secretas) se hace imprescindible la creación de una sociedad civil cada día más fuerte, crítica y vigilante. El poder del Estado y de los grupos oligárquicos tiene que ser controlado desde abajo. Pero no basta la crítica pública y la vigilancia permanente por parte de la sociedad civil; asimismo es necesario erigir múltiples organismos de autodefensa civil a través de los cuales se limite el poder del Estado y de las élites.

b) Se requiere también concebir la política como una práctica cotidiana y permanente, no circunscrita exclusivamente a la dinámica electoral. La política, en este sentido, no se restringe a la órbita del Estado; la encontramos igualmente en la acción diaria de diversos organismos ciudadanos que luchan por la democracia sindical, por la defensa del ambiente ecológico, por reivindicaciones salariales, por la libertad en el arte, por la autonomía nacional, étnica o sexual. La acción política cons-

tante en la escuela, el barrio, la fábrica, etc., incrementa la conciencia crítica de la gente y les enseña un principio básico de la democracia: jamás renunciar a la participación activa en los asuntos de la comunidad.

c) Para poder exigir al Estado que actúe democráticamente, resulta imprescindible que las instituciones de la sociedad y las relaciones cotidianas entre los individuos también se rijan por la democracia. Es decir, deben sustentarse en la horizontalidad, la transparencia, el respeto a la diferencia y el diálogo racional. La familia, la escuela, los partidos políticos y el conjunto de las instituciones tienen que funcionar democráticamente si se quiere aspirar a la elección de gobiernos que garanticen el cumplimiento de la democracia. En este sentido, la democracia debe concebirse no sólo como una forma de gobierno específica, sino además como una cultura política que atraviesa al conjunto de las instituciones y determina la conducta cotidiana de los individuos. Por esta razón, no basta identificar a la democracia con el ejercicio periódico de elecciones libres; lo adecuado sería preocuparnos por la creación de una verdadera cultura democrática que se materialice en la totalidad de las relaciones sociales y políticas.

Crear organismos de autodefensa eficaces, conseguir una constante participación política en los diversos ámbitos de la cotidianidad, y consolidar relaciones democráticas de convivencia en todas las instituciones han sido los desafíos primordiales de los grupos alternativos. Con estas preocupaciones, han

preferido crear movimientos políticos abiertos y autónomos a repetir la experiencia clientelar, burocrática y antidemocrática de los partidos políticos. No se trata de negarles a los partidos su función como agentes de expresión y representación de los problemas y demandas de la sociedad civil ante el Estado, ni de restarle importancia al sistema pluralista de partidos como elemento esencial de la democracia; sólo se trata de reconocer que desgraciadamente la teoría de Michels sobre la estructuración oligárquica del partido político permanece vigente hasta nuestros días.

Con el propósito de no incurrir en el mesianismo, el oportunismo y el caudillismo que caracteriza al viejo estilo de hacer política, los grupos alternativos (ecologistas, pacifistas, minorías sexuales, etc.) incluyen en sus luchas específicas la autoafirmación de nuevos valores político-culturales. Por ejemplo, han aprendido a reconocer la heterogeneidad de la propia izquierda, a respetar las diferencias y la autonomía de los diversos grupos con sus respectivas demandas, y a repudiar cualquier clase de vanguardismo. Igualmente se ha superado el dogma político de subordinar las reivindicaciones sexuales, étnicas, ecológicas, etc. al proyecto de revolución socialista.

Sin duda fue a partir de las movilizaciones de los grupos alternativos como se logró una gran cantidad de conquistas sociales y políticas: leyes progresistas sobre el divorcio, el aborto, la protección ecológica, los tratados de paz y el respeto a las minorías.

El Partido Verde Alemán (alianza de

pacifistas, ecologistas, etc.), que continúa ganando afiliados y llevando representantes al Parlamento, ejemplifica con su actuación la posibilidad de crear una nueva cultura política democrática. A través del igualitarismo antijerárquico, la responsabilidad ciudadana, la rotación de puestos, la antiolemonidad, el lenguaje directo y claro, las listas de representantes al Parlamento integradas sólo por mujeres, y el respeto a los diferentes grupos alternativos, los Verdes alemanes practican una suerte de *moralización de la política*.

La experiencia alternativa pretende recuperar la política como la entendían los clásicos griegos: como el arte de gobernar para *vivir bien*, como la búsqueda de la justicia en cuanto máxima expresión de la virtud. En este sentido se intenta terminar con la concepción maquaviélica de la política: el uso de cualquier medio con la finalidad pragmática de obtener y conservar el poder. Moralizar el actuar político implica que los *medios* no contradigan la esencia ética de los objetivos libertarios.

La democracia alternativa apunta hacia una *reforma intelectual y moral* que prefiere utilizar la desobediencia civil en vez de recurrir al terrorismo, que elige fomentar la participación masiva de la gente en lugar de pactar acuerdos cupulares y secretos, y que, en definitiva decide construir una hegemonía alternativa y democrática renunciando con ello al concepto vanguardista de revolución.

LA DEMOCRACIA ALTERNATIVA Y LAS ELECCIONES DEL 6 DE JULIO

Como hace 20 años, cuando emergió la protesta estudiantil de 1968 contra el estado autoritario, el México que participó en las elecciones del 6 de julio revela la explosión de una pasión democrática incontenible.

El sistema político mexicano, caracterizado por su estructura pseudodemocrática que se evidencia en el presidencialismo, el corporativismo, la hegemonía asfixiante del partido oficial, la alquimia electoral, etc., ha sido cuestionado de raíz. Primero, mediante los altos índices de abstencionismo que se registraron durante las elecciones regionales de los últimos años. Segundo, a través de la participación activa de una sociedad civil deseosa de decidir el rumbo de su destino.

La indignación, el cansancio y la voluntad de cambiar las cosas comenzaron a expresarse como solidaridad espontánea y autogestión ciudadana durante los sismos de 1985, pero sobre todo, como participación democrática el día de las elecciones. Hoy asistimos al surgimiento de un México nuevo, asediado por una crisis ya endémica, pero resuelto a no dejarse engañar: a defender sus derechos, a participar políticamente, a establecer relaciones horizontales y transparentes de convivencia, es decir, a inventar cotidianamente eso que hemos denominado *democracia alternativa*.

Ahora presenciamos la existencia de una sociedad civil más fuerte y dinámica, la cual se expresó con entusiasmo en las urnas; la misma que se autoorganizó durante la tragedia de 1985, que se opuso al proyecto ecocida de Laguna Verde, que consiguió un congreso democrático en la UNAM, que protestó cuando en Chihuahua se cometió el fraude de 1986.

Se trata de una sociedad heterogénea que ha aprendido a manifestarse y que desea se respete políticamente su conformación plural. Por ello, el 6 de ju-

lio se terminó la época del "carro completo" y surgió la era moderna del verdadero pluripartidismo. No sólo ahora existen opciones políticas atractivas y fuertes, sino que la alternancia en el poder político podrá, en lo sucesivo, convertirse en realidad.

Las elecciones han significado un verdadero aprendizaje cultural: la recuperación de la vía electoral como camino pacífico para elegir a los legítimos representantes políticos. Aunque en el momento de redactar estas notas esté todavía discutiéndose la veracidad de los triunfos del partido gobernante, lo que no puede soslayarse es la victoria política y moral de la nueva sociedad democrática emergente.

El futuro se cierne conflictivo y difícil de predecir. Nuestro optimismo podría transmutarse en desasosiego si la represión y el autoritarismo, o la violencia y la ilegalidad se impusieran finalmente.

Frente a los malos augurios, sólo nos queda la esperanza de que la *nueva cultura democrática alternativa*, adquirida en los últimos cuatro años, nos ayude a salir victoriosos de los aciagos problemas aún no resueltos.



Patío del Sanatorio San Jorge. 1964